



CHINA.—Cuatro lechuguinos celestes retratados el día de su boda.— Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais, de las Misiones Extranjeras de París.

CARTAS DE MISIONEROS

ELMINA (CAPE-COAST)—AFRICA

De nuestro buen amigo el R. P. Simeón Albeniz es la siguiente cariñosa carta, en la que da las gracias á cuantos durante su reciente viaje por España favorecieron las obras apostólicas á que consagra su vida. En tierra inglesa, pero á distancia relativamente corta de nuestras, por ahora, únicas colonias, trabaja el celoso misionero en extender el reino de Dios. ¡Que nuestros amigos sigan ayudándole en sus empresas santas!

YA es hora que rompa mi silencio y le mande algunas noticias concernientes á este desterrado Misionero. Un viaje largo y pesado y mi instalación en la nueva Misión que me ha sido confiada, tienen la culpa.

Y antes de todo al escribir esta carta, quiero cumplir con un deber muy grato á mi corazón, la gratitud; que LAS MISIONES CATÓLICAS me sirvan de intérprete cerca de las personas que se dignaron acogirme bondadosamente al presentarme á ellas haciendo un llamamiento en favor de nuestras Misiones, personas de gran corazón y sentimientos nobles, siempre dispuestas á oír con compasión el grito de los desgraciados, aunque éste venga de las más salvajes, apartadas y desconocidas regiones del globo. No haré menciones personales, pero que todas aquéllas que me honraron con su benevolencia sepan que les quedo muy agrade-

Año XXI.—Núm. 405

cido y que, junto con mis negritos, pido á Dios las colme de bendiciones y las haga felices en esta vida y en la otra.

Sin embargo, no quiero dejar de mencionar el nombre del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, don Juan Soldevila, quien supo recibirme y tratarme como un padre bondadoso y alentarme en mi penosa tarea. Los salones del Palacio Arzobispal de Zaragoza han dejado en mí recuerdos muy gratos, suficientes para borrar toda impresión de desaliento. El Dios que no deja sin recompensa el vaso de agua dado en su nombre, sabrá recompensar dignamente al que tan paternalmente acogió á un pobre mendigo por Dios y las almas.

Después de una travesía feliz, aunque bastante agitada, el «Elmina» vapor inglés (curiosa coincidencia, pues como ven mis lectores lleva el nombre de mi nueva Misión), llegó á Cape Coast el 23 de Abril. Tres días después, mi señor Obispo se embarcaba para Europa después de seis años de punible trabajo en la Costa de Oro.

Mi nuevo campo de acción en adelante será Elmina. El misionero no sabe sino obedecer, y por mucho que me costara decir adiós á mi 'querida Misión de Co-

20 de Septiembre de 1913

massie, establecida por mí y regada con mi sudor y trabajo, gustoso acepté el nuevo cargo que se me confiaba, y el 27 del mes citado tomaba posesión de mi nueva Misión.

Elmina, puerto de mar en el Golfo de Guinea, está situado á unos ocho kilómetros de Cape-Coast. Es una ciudad de unos 15.000 habitantes. Ha sido dominada sucesivamente por los portugueses, holandeses é ingleses. Estos últimos son hoy los amos de toda la Costa de Oro. Que estos países sean de gran porvenir materialmente hablando, no cabe duda, pues que vemos Inglaterra dueña de ellos: «lo mejorcito de la tierra debe ser inglés», decía Gladstone. Bajo el punto de vista espiritual mucho queda que hacer.

Hace treinta años que nuestros Padres se establecieron aquí. Al pie de nuestra colina está situado el «Cementerio Holandés.» Veintidós tumbas de Padres y de Religiosas atestiguan elocuentemente cuán grande ha sido el heroísmo de esos soldados de Jesucristo, no vacilando un momento en ocupar el puesto de honor dejado vacío por la muerte y sacrificarse por la salvación de las almas. Pero, *sanguis martyrum semen christianorum*, decía con razón Tertuliano. Elmina ha sido y sigue siendo un verdadero «semillero» de cristianos. En la actualidad contamos aquí con unos 3.000 católicos. Pero, ¿quién podría decir el número de los que, educados en nuestras escuelas y cristianizados por nuestros misioneros, han llevado á otras partes nuestra sacrosanta Religión? Estos países son nuevos y por todas partes la civilización europea penetra con sus mil empresas y adelantos. Los agentes ingleses y los jefes indígenas han reconocido desde hace tiempo las cualidades de nuestros jóvenes, y los más los piden como escribientes y encargados de sus oficinas, los otros como intérpretes y secretarios. Los mejores puestos que el Gobierno confía á indígenas los vemos ocupados por jóvenes de Elmina y de Cape-Coast. Ahora bien, estos jóvenes, doquiera que estén colocados, no sólo siguen siendo cristianos personalmente, sino que, el beneficio que Dios les hiciera al hacerlos católicos, procuran comunicarlo á los que les rodean, haciéndose catequistas. Es así que contamos con un sin número de *out stations* ó sucursales, que un Padre visita de vez en cuando, con buen número de cristianos convertidos y formados por ellos. Esto los elminenses lo saben y es su mayor título de nobleza. Por eso será que á Elmina ellos la llaman la Roma de Costa de Oro.

Hoy día la Misión de Elmina está á cargo de tres Padres. Cuatro Religiosas Misioneras nos ayudan en la evangelización de estos países. Tienen un pensionado para niñas, escuelas y una farmacia en donde gratuitamente distribuyen remedios y curan toda clase de llagas. Unos cuatrocientos niños frecuentan nuestras escuelas.

En la actualidad estoy formando dos Cofradías: la del Sagrado Corazón y la de Nuestra Señora del Carmen. Será este un medio muy eficaz para alimentar y aumentar la devoción de nuestros cristianos. Un gran número de entre ellos han ya respondido á mi llamamiento. Son pobres y no les puedo pedir el dinero suficiente para comprar estatuas y banderas para esas Co-

fradías. Y, sin embargo, ¡qué bien me vendrían! Una estatua del Carmen, otra del Sagrado Corazón con sus respectivas banderas, ¿quién me ayudará á comprarlas? En Dios confío y en la preciosa Revista de LAS MISIONES. Que Dios mueva los corazones de los que quisieran hacer una buena obra y no saben cómo invertir su dinero.

Dándoles mis más agradecidas gracias anticipadamente, les prometo pedir á Dios por ellos con mis negritos.

CHINA

Entre apestados

CARTA DE D. LUIS VERSIGLIA, MISIONERO SACERDOTE SALESIANO

Heung-San (Macao), 24 de Enero de 1913.

PARECE que esta parte de la China está pasando un mal rato. La guerra civil y la revolución pasaron por todas partes como una tormenta rápida en su curso, pero terrible en sus efectos, sembrando el terror entre los pacíficos ciudadanos; al paso que ha crecido el atrevimiento de los facinerosos, el comercio y el trabajo se pararon, y en varios lugares los pobres fueron despojados y la fuerza se convirtió en derecho.

El hambre ha hecho también sus víctimas; y como si todo esto no bastase, el terrible azote de la peste bubónica ha infestado varias comarcas.

Llegaba yo de una larga excursión, cuando un cristiano saludándome, me dice:—Padre, ¿no has ido todavía á Wan Chai?

—¿A qué?

—¡Hay muchos apestados!

—¿Dónde?

—En el lazareto.

No me lo hice repetir. Se trataba de una hora de camino, y partí en seguida. No se crea que había allí un lazareto. Lo que vi fué una gran barraca de bambú, cubierta de hojas y rodeada de esteras; tiene por pavimento una especie de rejilla de cañas levantada un metro del suelo. También las dependencias están separadas por esteras; teniendo cada una unos tres metros de lado con la entrada por una crujía central. Cada lado, excepto el de la puerta, está ocupado por una cama; cama de nombre, es decir, dos tablas colocadas en el suelo con una estera encima y un ladrillo de mayólica por almohada... De limpieza, desinfección, higiene, etc., no hay que hablar; baste decir que los enfermos ordinarios y los apestados están todos juntos. Cuando muere uno, se cambia, á lo más, la estera y la mugrienta manta; el resto se deja y allí se coloca el primer enfermo que llega, sea como sea la enfermedad. El médico se le acerca una sola vez al día; pero no habla de cura... La comida es de lo más ruin que puede darse: unas patatas dulces cocidas con agua y condimentadas con un poco de manteca ó un pedazo de calabaza amarilla presentada del mismo modo; en fin, lo suficiente para no morir de hambre.

—Padre, me decía el catequista, aquí vienen los que quieren morir de balde y sin dar qué hacer á la familia.

La primera vez que entré, me encontré frente á una dependencia de mujeres.

Entro y veo una pobre muchacha de unos doce años, que no parecía del todo descuidada, pálida con la palidez de la muerte y los cabellos en desorden. Con la vehemencia del mal tenía la saliva teñida de sangre que enrojecía sus labios.

Tendida sobre una de aquellas camas, le pusieron en un pie una gruesa cadena para que no huyese en el delirio de la fiebre; cerca de ella estaba el padre que acurrucado en tierra la contemplaba inmóvil; parecía la imagen del dolor.

—*Lau-fan!* (extranjero), me dice, á penas me vió; si tienes algún remedio salva á mi hija...

Se me vino á la mente la plegaria de la Cananea. ¡Oh si yo tuviera en aquel momento el poder del divino Maestro para consolar al padre desgraciado!

—Oye, le dije casi llorando; yo no puedo curarte la hija, pero si quieres le daré una medicina que la hará feliz después de la muerte, y desde el lugar de su felicidad podrá protegerte.

—¡Vaya si quiero! respondió en seguida.

—Pues bien, dile que renuncie á los ídolos y adore al Dios creador del cielo y de la tierra.

Al oír la palabra Dios, la niña abre los ojos en acto de adhesión, escucha la breve explicación que el caso requería y responde á todas mis preguntas con débil, pero clara voz.

—Sí, señor, creo.

—¿Quieres, pues, ser bautizada?

—Sí.

—Te bautizaré, pues.

Derramo sobre su cabeza el agua salvadora y la pobre parece transformarse; se nota visiblemente que un influjo misterioso recorre su cuerpo y toma un aspecto angélico.

—¿Soy ya hija de Dios? me pregunta con infantil ingenuidad.

—Sí; y dentro de poco irás á verlo y á gozar de sus riquezas.

—Gracias, Padre, gracias.

Y con un arranque superior á su edad, me coge una mano y estampa en ella un beso, dejando una mancha de sangre.

Después, indicando la gruesa cadena que sujetaba uno de sus pies, continuó:

—Y esto no me impedirá ir á ver á Dios?

—No, hija, no.

Volviéndome á un enfermero, le dejé caer una moneda en la mano diciéndole:

—Desata esta cadena; no tengas miedo, que no se moverá de su sitio. Luego dije á la muchacha: Repite de cuando en cuando: *¡Jesús, María kaungoo!* (Jesús, María, salvadme).

—Sí, Padre.

Y lo repitió inmediatamente.

Me retiré dándole la bendición; y ella quedó repitiendo: *¡Gracias, gracias!*

Después de una hora terminé la visita, y volví de nuevo al mismo sitio: la niña había volado al cielo.

En otro compartimiento oigo gritos desgarradores. Entro y veo un hombre y un niño delante de una mu-

jer joven con síntomas evidentes de muerte cercana, que conjuraban los espíritus con gritos horripilantes. Entonces le dije al hombre:

—¿No ves que en vez de aliviarla, la matas antes de tiempo con tus gritos?

—¿Y qué es lo que debo hacer?

—Si la quieres bien de veras, procúrale la felicidad á lo menos en la otra vida.

—¿Cómo?...

—Dile que se haga cristiana.

—¡Pero yo no tengo dinero!

—No hace falta.

Le expliqué un poco de doctrina cristiana, mientras la enferma tenía los ojos fijos en la cara del marido para leer su pensamiento. Después de un poco de reflexión le preguntó él:

—¿Quieres ir al lugar de la felicidad que te prometo este extranjero?

—Sí.

—¿Crees lo que acabo de decirte? le pregunté yo.

—Sí, sí; creo.

—Di con todo tu corazón: «Mi Dios uno y trino, ten piedad de mí; Jesús, Hijo de Dios, salvadme.»

—Sí, respondió y repitió con mucho fervor mis palabras. Entonces la bauticé y lo hice á tiempo; poco después, sufrió un violento ataque y murió exclamando: «Jesús, Hijo de Dios, dadme la felicidad...»

En el primer día llegaron á doce los que recibieron el bautismo, y todos pasaron á mejor vida.

Después de cuatro días que iba al lazareto ya llegaron á treinta. El cuarto día me encontré con un pobre campesino de unos cuarenta años, en el cual los tumores de la enfermedad eran tan grandes que le cubrían la cara, mientras la fiebre lo consumía y el estertor de la agonía lo sofocaba. Pero conservaba perfecta lucidez mental.

—Amigo, le dije acercándome, ¿sufres mucho, verdad?

Me respondió inclinando la cabeza.

—¿Quieres al acabar estos dolores ir á gozar para siempre?

Hizo una mueca de desprecio, creyendo que me burlaba de él.

—No, añadí, no te engaño. Se trata solamente de renunciar á los ídolos y adorar á Dios, creador del cielo y de la tierra; y El te dará la felicidad cuando mueras.

A estas palabras su semblante se cambió, y plegó con una sonrisa de aprobación sus labios contrahechos.

—Escucha, pues, la poca doctrina que te enseñaré; luego, si quieres, te lavaré la frente con un poco de agua pronunciando una oración, y así te serán perdonados los pecados y serás digno de ir al cielo.

El pobre hombre, aunque estaba muy grave, se quedó como quien oye una noticia extraordinaria. Le expliqué las principales verdades de la fe, en tanto que la enfermedad avanzaba á ojos vistas, y casi lo ahogaba ya. Luego le pregunté:

—¿Crees lo que te he dicho?

El, recogiendo todas sus fuerzas, me respondió con un gemido:

—*So... o... n...* (sí, creo).

—¿Quieres que te lave para que te sean perdonados los pecados?

Con otro esfuerzo inclinó un poco la cabeza diciendo: *Quiero*. Pero en tanto los ojos se le nublaban y la palidez de la muerte cubren su rostro. Aún era tiempo. Su voz se perdía en largo y ahogado gemido; el agua bautismal cayó sobre su frente y con la última palabra sacramental exhaló el último suspiro, naciendo al mismo tiempo á la vida de la gracia y á la vida del cielo.

Bendije el cadáver y, volviéndome al catequista, vi que se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. Esta gente, sólo cuando se ve al punto de abandonar el mundo, oye hablar con gusto de un porvenir que no conocen...

Vencidos por el dolor y con frecuencia abandonados de todos, sin esperanza de ningún género, los más casi siempre se encuentran dispuestos á aceptar la esperanza de una felicidad futura y la acogen con alegría. Pero no siempre las cosas salen así; y el misionero tiene sus desengaños. En otra habitación encontré una vieja tan descarnada que parecía un esqueleto. Tenía los ojos hundidos, los pómulos salientes, los brazos desnudos y las manos tan huesosas que solamente le faltaba la guadaña en ellas para representar la muerte. Su voz era cascada como la de un instrumento roto; pero tenía la lengua suelta y charlaba continuamente aunque bien atacada del mal.

Apenas me vió entrar exclamó:

—Te conozco; eres un adorador de Dios. Yo no quiero adorarlo, porque vosotros los cristianos juntáis todos los huesos de los muertos en una cisterna (aludía al osario del cementerio de Macao).

—¿Y qué te importan los huesos, una vez muerta? piensa en salvar el alma.

—Los espíritus que yo adoro, replicó, harán renacer mi alma, cambiándome en una moza y entonces seré feliz. Vosotros que no queréis adorar los espíritus, volveréis á nacer perros.

—¡En ese caso te ladraremos! le gritó el catequista resentido.

—¿Quién te dijo, añadí yo, que nosotros no adoramos los espíritus? Más aún, adoramos al Primer Espíritu, el único que merece ser adorado, Dios, que tiene poder para resucitarnos no en otra persona, sino en nuestro mismo cuerpo para premiarnos ó castigarnos según hayamos observado ó no su santa ley.

—Vosotros *fan quai* (diablos europeos) lo creéis así; nosotros los chinos creemos otra cosa, y yo no quiero nada de Europa...

—¡Ya! ¿Y el sol chino no es el mismo de Europa? Sin embargo, toma. Y le ofrecí una moneda inglesa. Ella alargó inmediatamente la mano; pero yo retirando la moneda le dije:

—Despacio, que es inglesa...

—Mejor aún, que vale más.

—De modo que las monedas, aunque no sean chinas, las recibes porque son buenas y aun las prefieres á las monedas chinas... ¿Y por qué no quieres la religión europea, si es mejor que la tuya?

Con un gesto de despecho se volvió de la otra parte refunfuñando.

—Nosotros hemos hecho siempre así y no tenemos

necesidad de cambiar; quédate con tu religión y con tu moneda.

Más allá había una pobre madre con una niña de unos dos años. Sin preámbulos le dije: Déjame bautizar la niña; si cura, será cristiana; si muere, tendrás una protectora en el cielo.

La infeliz mujer me contemplaba indecisa.

—¡No la dejes bautizar, gritó la vieja; te la robarán y no la verás más!

—¿Y qué ganaría el Padre con llevarse una de vosotras? observó el catequista. Estáis aquí porque no sabéis á donde ir...

—Calla, le dije.

Y volviéndome á la mujer continué:

—No hagas caso á esa vieja; ya que tienes tiempo, piensa en hacer feliz á tu hija, al menos en la vida futura; tanto más que la niña no escapa, no pierdas la ocasión.

—Es verdad, respondió llorando; pero temo la venganza de los espíritus.

—Al contrario; los espíritus le tendrán miedo cuando sea cristiana.

—¡Los cristianos no honran á sus muertos! tornó á chillar la vieja.

—Puedes estar segura que ninguno se cuidará de ti, vieja regañona, se apresuró á decir el catequista.

Debí llamarle al orden por segunda vez, pero dije también á la anciana:

—Yo no hablo contigo ni nada de esto te importa; no te metas, pues, donde no te llaman. Si tú quieres irte á los infiernos, vete en paz; pero deja á los demás hacer lo que les parezca.

Luego me volví á la madre de la niña y le dije:

—Después de muerta tu hija no necesitará de tus ofrecimientos para nada; antes bien, podrá ayudarte obteniéndote favores del cielo...

—¡Bueno! ¡Bautízala!

—La vieja continuó regañando, pero un gesto enérgico del catequista, que casi perdía la paciencia, la hizo callar; pero ella no dejó de lanzarnos un insulto, diciéndonos cuando ya estábamos á la puerta:

—¡Idos, endemoniados europeos!

Un día llovía á cántaros. Algunos me decían que no saliese; pero escuchando la voz del corazón, ó mejor, la inspiración de Dios, volví al lazareto para consolar algunas almas.

Venía conmigo el catequista, el ex-fumador de opio convertido. Caminamos largo trecho sin decir palabra aguantando el agua que caía. De repente me dice:—Padre, hoy debemos tener un gran consuelo.—¿Por qué? le respondí.

—¿Por qué? ¿Te parece que el Señor no te premiará? Tú eres europeo y más delicado que nosotros; y sin embargo, con un tiempo tan malo no te cuidas de ti mismo para socorrer á los que sufren.—Veremos, le repliqué.

—Sí, Padre; el corazón me dice que el Señor te guíe...

—Así sea. Y la conversación terminó allí.

Ya en el lazareto oigo gritar:—¡Padre, Padre! El ángel del Señor te ha enviado... Ven pronto y bautízame antes que muera.

Me vuelvo y veo una mujer enferma.

—¿Cómo! ¿Y sabes tú qué cosa es el bautismo?

—Sí, Padre; he estudiado ya la Doctrina cristiana; pero pronto, ¡por Dios! que me voy á morir antes de bautizarme.

—La examino y veo que sabía efectivamente la Doctrina.

—De hoy en adelante, le dije, te llamarás María; haz un acto de contrición, que yo te bautizo en el nombre del Padre, etc.

Terminada la breve ceremonia, le pregunté:

—¿Estás contenta? ¡Ahora ya no tendrás miedo de la muerte!

—No, Padre, no la temo. ¡Gracias, gracias! Pero ayer noche... ¡qué momentos, Padre, qué momentos, qué angustia! Escucha. Y me contó su historia.

—Criada en una familia cristiana aprendí la Doctrina; de aquí á dos meses debían bautizarme para casarme con un joven cristiano; pero, como ves, Dios ha dispuesto otra cosa. Atacada por este terrible contagio, aquella familia se deshizo de mí; y con pretexto de llevarme al médico, me abandonaron aquí en este lugar de dolores... Figúrate, Padre, mi consternación cuando caí en la cuenta. Sola en medio de gente pagana, con la fe en el corazón, pero todavía sin bautismo. No era el abandono lo que me acongojaba más; era el temor de presentarme delante de Dios sin ser todavía cristiana... ¡Padre, qué dolor! Pero el Señor tuvo piedad de mí... y tu ángel, sí, tu ángel te trajo aquí...

De los ojos le brotaban abundantes lágrimas y los sollozos le ahogaban las palabras.

La animé á poner su confianza en Dios en el espacio de vida que le quedaba, y cuando la vi tranquila le pregunté:

—¿Te gusta, pues, ir al cielo?

—Sí, Padre; ya que el Señor no me quiere para la boda de acá abajo, vámonos, vámonos al cielo.

Le dí luego una medalla de María Auxiliadora que besó con gran fervor; le recomendé que rezase de cuando en cuando alguna oración de las que sabía, y bendiciéndola me alejé con el corazón lleno de emociones.

Aquella misma tarde un hermano nuestro que pasó por allá la vió en la agonía. Parecía que ya no comprendía nada; pero tenía las manos cruzadas hacia el cielo y de sus labios, como si delirase, salían á monosílabos las palabras *Jesús, María*.

El catequista que la vió más tarde muerta, me dijo que se dibujaba en su rostro una sonrisa, y todo el semblante tenía algo de celestial... Después añadió:—¡Ya te lo había dicho, Padre, que el Señor había de premiarte!

NOTICIAS VARIAS

España

Otra víctima de los salvajes... civilizados?—En la casa solariega de Coll y Carreras, en Castellar, en la montaña de Gerona, ha fallecido, confortado con todos los auxilios de la Religión, el Rdo. P. Luis Coll de Carreras, Escolapio.

Este Religioso es una víctima de las turbas revolucionarias de la Semana roja.

*

En los asaltos á iglesias y quema de conventos, los bárbaros lograron coger al P. Coll, que fué ludibrio de la chusma. Se le paseó por las calles de Granollers.

Abofeteáronle, escupieronle y escarnecieronle cuanto les vino en gana.

Colmado de insultos y golpeado brutalmente por aquellos canallas, fué llevado al Ayuntamiento.

Ante las turbas revolucionarias se le presentó desde el balcón de la Casa Consistorial, obligándole á que pidiera perdón á los que estaban siendo sus verdugos.

Tanto sufrió, tal fué su martirio, que el pobre Religioso padecía desde entonces intensa afección cardíaca que le ha llevado al sepulcro.

El P. Coll contaba veintiocho años.

¡Quiera Dios premiar al mártir con la eterna gloria, conceder á los verdugos la gracia del arrepentimiento, y á nuestra querida España la de no aguantar jamás, sin castigarlas como se merecen, tamañas vergüenzas!

Roma

El venerable Pedro Donders, apóstol de los leprosos.—El Santo Padre ha firmado el Decreto relativo á la introducción de la beatificación y la canonización del Padre Redentorista, venerable siervo de Dios, Pedro Donders.

El P. Donders, el apóstol de los leprosos de Surinam, colonia holandesa de América del Sur, nació en Tilbury, centro industrial de paños, no lejos de Bois-le-Duc.

Después de haber hecho sus estudios en su diócesis natal, fué ordenado de sacerdote, y partió, en 1840, para Surinam, á fin de consagrarse allí á los leprosos. En 1867 entró en la Congregación de los Redentoristas, muriendo el 14 de Enero de 1887, en medio de los leprosos, víctima de su abnegación.

—*Carta Pontificia.*—El texto de la carta que Su Santidad Pío X ha dirigido al Emperador Guillermo II para felicitarle por el cincuenta aniversario de su coronación, es el siguiente: «El fausto acontecimiento del quincuagésimo año del glorioso reinado de Vuestra Majestad, es propicia ocasión para presentarle felicitaciones, y el Santo Padre, con gran gozo, se asocia al júbilo universal, elevando fervientes votos para alcanzar le otorgue prolongada vida de gloria y prosperidad. El Santo Padre ruega al Señor, principio de todo poder y soberanía, conceda al Emperador salud y felicidad, paz y dicha al vasto Imperio, que le es deudor agradecido de tantos beneficios.» Añade el Soberano Pontífice que en esta feliz circunstancia, se complace en expresar su profunda gratitud al Emperador, por ser tan solícito en asegurar la felicidad de sus súbditos católicos, cuya fidelidad le es bien conocida.

Alemania

El Kaiser y las Misiones.—Recordarán nuestros lectores el interés que el Emperador de Alemania se ha tomado en varias ocasiones por las Misiones cristianas, y los deseos que manifestó á la Junta organizadora de los festejos que se han celebrado con motivo del vigésimoquinto aniversario de su coronación, de que una de las partes principales del programa fuese el fomento de las Misiones. Con este objeto se abrió una suscripción que ha dado magníficos resultados. Los protestantes, que constituyen la mayoría de la población, han contribuido con la crecida cantidad de 3.300.000 marcos, y los católicos con la respetable suma de 1.700.000, las cuales hacen un total de 5.000.000 de marcos. El Comité católico, presidido por el príncipe von Löwenstein, ha presentado al Kaiser, junto con su magnífica ofrenda, una interesante me-

moria, ricamente encuadrada y con profusión de grabados, sobre el estado de las Misiones católicas en las colonias alemanas. «Los católicos de Alemania, decían en la dedicatoria, no olvidan que su Emperador, durante los veinticinco años de su reinado, ha mantenido con mano firme desplegado el estandarte del Salvador. Por lo cual oirá con gozo que los católicos alemanes llevan la Cruz y el Evangelio de Cristo á los pueblos paganos puestos bajo su protección.» De ella entresacamos los siguientes datos estadísticos, que indican los progresos hechos recientemente por las Misiones católicas dirigidas por misioneros alemanes. En las posesiones alemanas del Este de Africa, donde en 1900 había muy pocos cristianos, se cuenta hoy 61,000 católicos y 31,000 catecúmenos. El número total de católicos conversos en todas sus colonias asciende á 144,000, con 55,000 catecúmenos. En este tiempo se han fundado dos Misiones en Africa, y la prefectura de las Islas Marianas y Carolinas ha sido elevada á Vicariato Apostólico. El número de escuelas se ha doblado en dos años, y el número de misioneros sacerdotes ha aumentado de 374 que había en 1910 á 459.

Asia

Inglaterra y el Thibet.—El Dalai Lama, en fecha reciente, se declaró súbdito fiel de la agitada República China, á pesar de lo cual hace cuanto puede y sabe para captarse las simpatías de los ingleses. A fines del próximo pasado año envió á Londres cuatro jóvenes de las más nobles familias del Thibet, y están educándose en las escuelas oficiales, donde son atendidos y mimados por los empleados del Gobierno. El próximo pasado Julio el Dalai Lama ha mandado también á Londres una llamémosla embajada, compuesta de seis grandes lamas de la religión roja y dos grandes lamas de la religión amarilla, acompañados de siete importantes funcionarios tibetanos, los cuales son portadores de valiosos regalos para el rey inglés.

Bulgaria

La imagen del regimiento.—He aquí una costumbre altamente edificante y consoladora que enaltece al ejército búlgaro, y que necesariamente debe merecer una recompensa á esta nación, cuyo indómito valor y patriótico empuje acabase de demostrar en su lucha contra Turquía, y en las últimas guerras intestinas entre los Estados de la Liga Balkánica. El día en que los soldados entran en caja y se incorporan al ejército, ante todo juran fidelidad á Cristo y á la Patria; luego desfilan ordenadamente, renovando el mismo juramento sobre el libro de los Santos Evangelios, colocado sobre una mesa en cada ángulo del cuadro que forman las tropas y que custodia una guardia de honor de la oficialidad, y, por fin, uno de los oficiales presenta á los soldados, para besarla, la imagen del regimiento, una imagen de la Virgen María, la «Toda Santa.» Esta imagen del regimiento acompaña siempre á los ejércitos en el campo de batalla, y ella es la que recibe el beso supremo de los soldados que van á vencer ó á morir.

Tierra Santa

Sucursal.—El presente Septiembre irán á Jerusalén algunos Padres Jesuitas, estableciéndose interinamente en el convento de Nuestra Señora de la Salvación (*du Salut*), hasta que encuentren alguna casa para instalarse. Estos Padres son Profesores, y proyectan erigir allí una sucursal del Instituto Bíblico Pío X, de Roma.

Polo Artico

El archipiélago de Spitzberg.—Este archipiélago, que había sido considerado, por hallarse inhabitado, como *terra nullius*, por un Decreto de 1869, que abolía la prefectura apostólica del Polo Artico, distribuyéndola entre los distritos eclesásticos de los países á que políticamente pertenecían, se convierte ahora en una Misión, agregada al Vicariato de Noruega, porque en la actualidad lo visitan anualmente numerosos viajeros, y habiéndose descubierto hace poco unas minas de carbón, se han fundado para explotarlas varios establecimientos que tienen una numerosa población llamada á aumentar progresivamente.

Madagascar

El Vicariato Apostólico central.—Este Vicariato ha sido recientemente dividido en dos prefecturas apostólicas, denominadas de Betafo. El Vicariato Apostólico de Madagascar Septentrional tomará el nombre de Diego Suárez, el Central el de Tananarive y el Meridional el de Fort Dauphin. El nuevo Prefecto apostólico es el Rdo. P. Dantin, de la Congregación de Misioneros de la Saleta.

Ceilán

Un nuevo prodigio de Sor Teresita.—De la Revista *El Monte Carmelo*, que en Burgos publican los Padres Carmelitas, copiamos:

«El Rdo. P. H. Capitaine, misionero irlandés de la Congregación del Inmaculado Corazón de María en la isla de Ceilán, nos comunica en atenta carta el siguiente prodigio obrado por el Angel de Lisieux, que manifiesta el gran valimiento que la Florecilla de Jesús tiene delante de Dios. La víspera del miércoles de Ceniza, á las nueve y media de la noche, dice el mencionado Padre, recibí de una conocida familia protestante de Jaffna un billete que decía: «Mi querido y «bondadoso Padre, tenga la amabilidad de venir pronto á «bendecir á mi hijo moribundo. Suplícole que venga al punto, mañana sería demasiado tarde.» Estaba ya para responder que me era imposible acceder á sus deseos, cuando súbitamente oí una voz interior que me decía: Vete. Al punto reconocí en ella la voz de mi Hermanita Teresa, cuya estampa traía conmigo. Al punto me puse en camino, á pesar de lo intempestivo de la hora y del mal estado del tiempo y de los caminos que tenía que recorrer, exponiéndome á graves riesgos. ¡Y todo para bendecir á un niño protestante de cinco años de edad! Entrando en la casa encontré á la familia sumida en la mayor desolación, y al niño agonizando entre espantosas convulsiones y con una pulmonía fulminante. Su cariñosa madre me prometió con lágrimas y sollozos que ella, su esposo y sus cuatro hijos se harían católicos, si el niño recobraba la salud. En ese caso, no tendrá V. inconveniente en que bautice á su hijo, le dije. «En manera alguna,» me respondió; pocos momentos después el pequeño James era un niño católico. Vuelto á mi parroquia y postrado ante un cuadrito de Sor Teresita, le dije: Si es verdad, mi querida Hermanita, que esta familia cumplirá su promesa, cura al pequeño James. Al día siguiente el niño estaba completamente curado, y cuando fui á visitarle le encontré rodeado de los tres doctores que le habían asistido el día anterior, los cuales no acertaban á salir de su asombro. Esta afortunada familia ha sido ya recibida en la Iglesia católica, previa abjuración del Protestantismo, siendo hasta la fecha modelo de familias católicas. ¡Gloria á Sor Teresita del Niño Jesús!»

Corea

Nueva Abadía.—El 15 de Mayo fué erigido en Abadía el

Priorato de San Benito de Seoul, siendo, por consiguiente, la primera Abadía hasta ahora establecida no sólo en Corea, sino también en todo el Oriente. Para primer abad de la misma fué nombrado el M. R. P. Bonifacio Sauer, que venía ejerciendo hasta el presente el cargo de prior. Nació el P. Bonifacio Sauer el 10 de Enero de 1877 en Oberufhausen, diócesis de Fulda, y tomó el hábito de San Benito en el monasterio de Santa Otilia, ofreciendo sus votos al Señor en Febrero de 1900. Terminados sus estudios de Filosofía y Teología en Dillingen y Munich, respectivamente, recibió las sagradas Ordenes en 1903, y poco después le fué encomendada la cátedra de Filosofía en el monasterio de su profesión. Acompañado del P. Domingo Enshoff partió en 1908 para Corea, en donde, gracias á su diligencia y actividad, se echaron los cimientos para la nueva Misión, levantándose un pequeño monasterio, del que fué nombrado prior. En este cargo continuó hasta la primavera del presente año, en que volvió por vez primera á Europa, para asistir al Capítulo General de la Congregación; pero Dios tenía determinado que tomara parte en él no ya como prior, sino elevado á la dignidad Abacial. La bendición tuvo lugar el 8 de Junio en el Monasterio de Santa Otilia, cabeza de la Congregación, resultando muy hermosa y concurrida.

Canadá

La protección de María á la hora de la muerte.—El siguiente relato es del *Boletín de las Misiones de Tinchebray* (Canadá).

«A media noche me despertó el timbre del teléfono, por cuyo medio me avisaban para que acudiese con urgencia á socorrer á un moribundo, que se había caído del tren. Sin demora preparé el estuche de los enfermos, y montando á caballo, á los diez minutos estaba junto al agonizante, á quien confesé, después de muchos años que hacía no se había confesado, y le administré el Viático y la Extremaunción, preguntándole si no había conservado durante sus últimos años alguna práctica piadosa: «Sí, Padre, me contestó, antes de separarme de mi familia, prometí á mi madre á instancias suyas que nunca me acostaría sin haber antes rezado tres *Ave Marias*, y así lo he venido haciendo hasta esta misma noche, que las recé antes de dormirme. Os ruego, pues, que digáis á mi madre que he cumplido mi promesa, y que gracias á ella Dios me ha concedido la gracia de prepararme á bien morir, y besando el Crucifijo que le presentaba expiró.»

TAHITI Y EL CANAL DE PANAMÁ

La sed de oro civiliza ó transforma el mundo: para acortar las navegaciones de sus transportes, lo cual quiere decir para facilitar la competencia, ideal que tortura á los industriales de nuestros días, los Estados Unidos han abierto el canal de Panamá. Y para lucrar con los grandes trasatlánticos que por el flamante canal irán y volverán de Australia, la nación francesa va á construir un gran puerto en Tahiti, colonia hasta ayer de salvajes ó poco más, y desde mañana dotada de un puerto magnífico que será padre de una gran ciudad, y de todas las explotaciones, empresas y comercios que á ellas acompañan.

¿Dónde se construirá el puerto? en Papeete. Pero... ¿qué es esto?—Pues Papeete, situada 275 millas al norte, es decir, casi al punto medio de la línea Panamá-Australia, es por antonomasia el puerto de Tahiti, que á su vez es la más grande de las islas de la región, y sus condiciones naturales son tan excelentes que con poco dinero se le convertirá en puerto seguro.

¿Y qué necesidades satisfecerá este puerto? Se calcula que el tráfico entre el canal de Panamá y Australia el 1915 alcanzará la respetable suma de 1.665,000 toneladas. Este tráfico recorrerá de 7,600 á 8,000 millas. Un vapor de gran tonelaje puede en el puerto de salida cargar el carbón que para tal viaje precisa: pero como abundarán las mercancías á cargar, es seguro, dícese los franceses, que los grandes vapores preferirán éstas á carbón, y que lanzándose á la mar con la mitad del que necesiten comprarán en Papeete la otra mitad.

De lo cual resultará, primero enorme prosperidad para el nuevo puerto francés, y luego para todos los archipiélagos oceánicos en que flote el pabellón francés: islas de la Sociedad, Tubuais, Toumotous, Gambiers, Marquesas, hoy tierras perdidas, desterradas del mundo entero, entrarán en la vida económica general. Gozarán además de otra ventaja también positiva: los portes de una tonelada que de Europa se traslade á tales islas, suman por lo menos 35 dollars: el constante entrar y salir de grandes trasatlánticos del puerto de Papeete los reducirá á 15 dollars y quizás á menos.

¡Ojalá que tantas ventajas materiales sean hermanas por lo menos de otras tantas ventajas morales!

X.



LOS ESCOLAPIOS Á ÁFRICA

De un magnífico artículo vibrante de piedad y patriotismo, que con el título que encabeza estas líneas publica el R. P. Calasanz Rabaza en el último número de la notable *Revista Calasanz*, copiamos los siguientes párrafos que leerán con gusto los amigos de LAS MISIONES CATÓLICAS:



El año 60 del pasado siglo recorrimos triunfadores los oteros y recovecos de esa región. Aquellas jornadas de gloria fueron como un meteoro luminoso que deslumbró á las naciones. ¡Pero nos volvimos de Africa!!...

Las expediciones que realiza la espada conquistadora, si ésta no va acompañada de la cruz, fracasan. Si la cruz va con la espada, la espada se vuelve cubierta de laureles y la cruz se queda, y en las hordas que roturó el acero de Marte es la semilla del árbol de la cruz la que arraiga y prepara los ricos y duraderos frutos de la civilización y progreso verdaderos.

Si España no manda á Africa más que su indomable ejército, nuestros dominios se ensancharán temporalmente, pero España no será más grande.

Si no llevamos allá más que factorías, como los viejos cartagineses, España será, dentro de poco, más odiada y maldecida... porque junto al ensangrentado uniforme del soldado no hizo nunca mal papel la abnegada sotana del evangelizador; porque en los hoyos abiertos por los proyectiles del Scheneider puede ser fecunda la sementera de ideas; porque tras los fogonazos de las descargas guerreras han de parecer bien los esplendores de la cultura; porque es glorioso ceder los campamentos para solares de escuelas; porque es muy digno de España enseñar, á la par de su robusto brazo, su corazón de reina generosa... Van allá, á nuestras posesiones de Africa, alentados por el Gobierno de Su Majestad y garantidos por una historia de amor y sacrificio, los Escolapios, esa Orden de tan recio y limpio abolengo español.

No hace mucho tiempo se negó á los hijos de San José de Calasanz lo que tres generaciones seguidas de hombres de todas las ideas y partidos no habían regateado: la exención del servicio militar.

Los escolapios españoles, los que sentimos halagado nuestro orgullo con el apellido de Calasanz, que es linaje de reyes y de guerreros, y con él evocamos las proezas de los héroes de la reconquista y de los firmes soldados de la guerra de Portugal, jamás cedimos á nadie el primer puesto en lo de honrar y servir á España, que es honrar á una reina y á una madre; ni soñamos (que fuera mengua) en ser rebajados de nuestros deberes de patriotismo.

No habíamos de rehusar servir seis años á nuestra nación los que á la patria y al pueblo le consagramos nuestra vida entera.

Pensamos, como pensó nuestra patria, que nuestros servicios podían darle más lustre en la escuela que en el cuartel, y á la escuela fuimos á servirla.

Si, por mal entendidas reglas generales, nos hace

cerrar las escuelas para llamarnos á los cuarteles, no ha de tardar en ser ella la que, escarmentada, nos vuelva á llamar á la escuela, dispensándonos del cuartel, pues en éste no han de faltarle servidores trienales, y en aquéllas nunca tendrá de sobra servidores perpetuos.

Hoy vemos al Africa, reclutas voluntarios del patriotismo, y pronto, si la Providencia ayuda y los verdaderos españoles hacen lado propicio á sus hermanos, Melilla y Ceuta verán abiertas dos casas-misiones, avanzada de la piedad y las letras, donde los hijos del gran Pedagogo español, que asombró á Roma y conmovió al mundo, dedicarán las energías de su vocación, el entusiasmo de su celo y afanes de su patriotismo á llevar á esas regiones africanas los grandes ideales y los excelsos amores de España, la más grande de las naciones, y por eso la más digna de ser conocida para ser admirada.

¿A qué van los Escolapios á Africa?... A eso; á llevar allí á España y hacerla amar para que no tenga enemigos.

Van, á lo que van nuestros heroicos soldados, á correr su suerte, si fuera preciso, y á poner cruces sobre aquella tierra, que es ya una especie de relicario, lleno de huesos españoles.

Van á congregar en su escuela-misión á los hijos de aquella hosca tierra, con el anhelo de enseñarles á leer la Historia de España para que admiren y veneren á nuestra nación; de hacerles escribir el nombre de nuestra patria con letra bastardilla y entre admiraciones; de iniciarles en la lengua de Cervantes para que vislumbren la belleza del alma española.

Van á decirles que España no es la nación de aventureros y explotadores que nuestros enemigos han pintado; como si en este país no se hubieran dado las *Leyes de Indias*, que no ha habido pueblo europeo capaz de promulgar ni de sentir. Que no es España tiranizadora de razas, sino redentora, y toda su fiereza de león con las traidoras alimañas del odio y la deslealtad se trueca en nobleza y generosidad ante la sinceridad ingenua. Que no se secaron aún en sus entrañas los raudales de piedad que del corazón de la católica Isabel se desbordaban.

Van á repetir que España no es la nación del bandidismo y de la chulapería, como ha dicho el hampa de los bandoleros de París. Que España no necesita más que defender su frontera europea (¡no adarvarse!) para que, entre lo bastante bueno que puede recibir por ella, sobre todo de procedencia ultrarriniana, no admita tanto matute indecente y desmoralizador de marchamo francés. Y cuánto importa elevar el nivel de nuestra patria para que las corrientes no vayan del Continente á la Península, sino de la Península al Continente, como en otros días de nuestra magna historia.

Les enseñaremos que España, la España de la Cruz y el Evangelio, no es la nación mancillada por la befa ó la calumnia de hijos malditos, ni ridiculizada por los

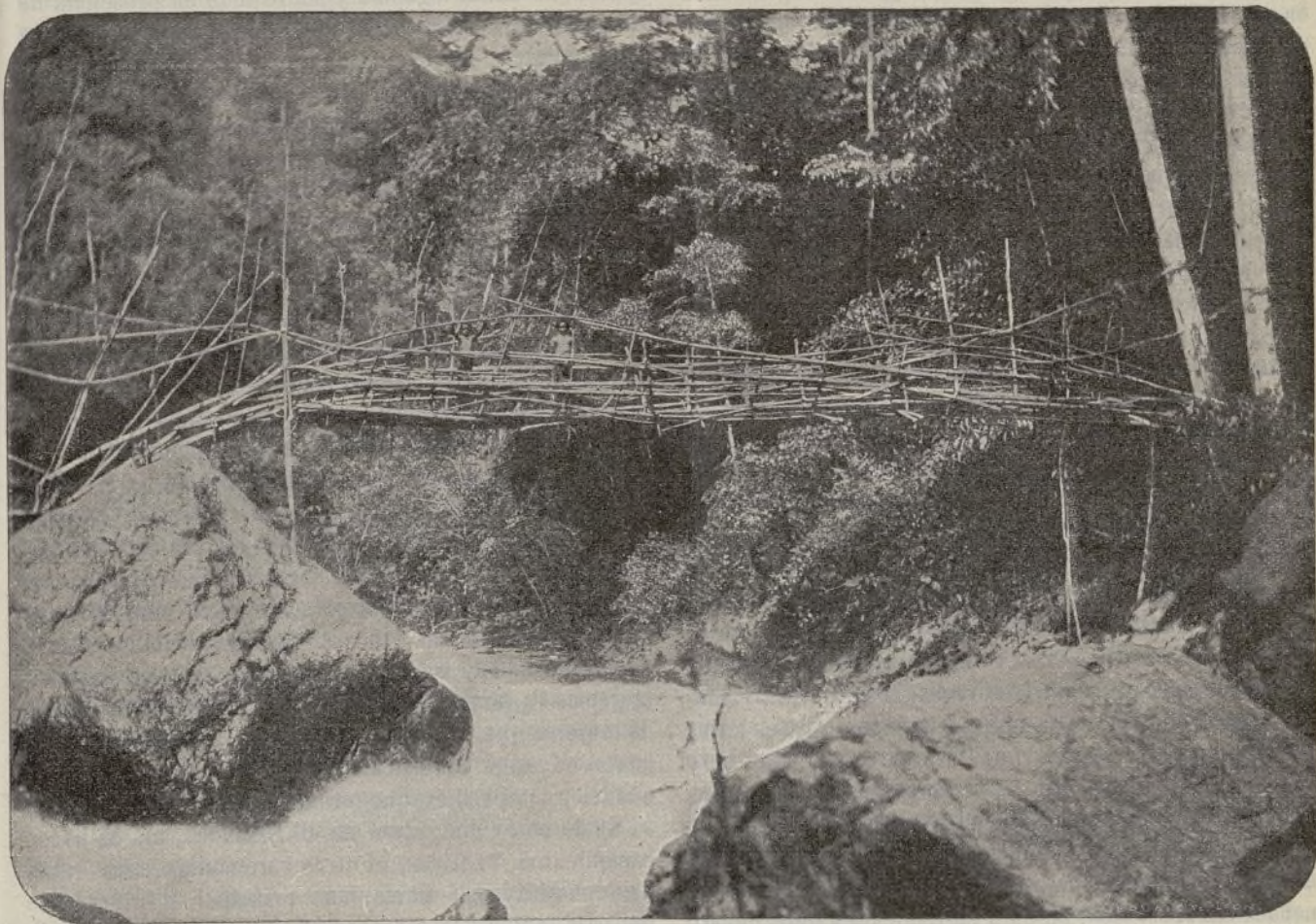
que, como Cam, se complacen en sus debilidades (¿qué pueblo no las tiene? ¿qué sol no tiene manchas?), y al habla con los extranjeros se solazan diariamente en desfigurarla, deshonrarla y escarnecerla.

Les diremos que si en la guerra es heroica é invencible, en la paz es magnífica y fecunda para el bien.

Les inculcaremos, con todas las leyes y todos los respetos, el amor á Dios y el amor á España, que son amores santos que siempre viven juntos en los corazones bien nacidos.

CALASANZ RABAZA, *Sch. P.*

27 de Agosto de 1913.



NUEVA GUINEA INGLESA. — Ingenioso puente construido por los indígenas que pueblan el país Papu. — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gaspar

EL RAMADÁN O CUARESMA MUSULMANA

SIEMPRE que el demonio ha querido introducir algún error, ha procurado taparlo con fin honesto, y por mas que su descaro sea tan atrevido, conoce el pícaro muy bien que la capa de la virtud es el camino más ingenioso para ocultar su depravada malicia. Para su intento, valiéndose del maldito Mahoma, en el cual encontró un órgano muy templado á sus infernales designios, y con objeto de que propalase sus fingidas falsedades con apariencias de religión, las vistió de hipocresías.

En efecto, inspiróle el que estableciese un mes de penitencia con ayuno riguroso, el cual, si lo observaran con escrúpulosidad, fuera el más rígido; pero como los quería obscenos, no les obligó á ser muy mortificados; como se conocerá por el modo que tienen de observarlo.

Conocido por todos es dicho ayuno con el nombre de Ramadán, el cual instituyó Mahoma en memoria de aquel retiro que tuvo bajo los frondosos árboles de su campo, fingiendo que Dios le había declarado ser su

gran Profeta y salvador, mandándole promulgar la ley que les daba.

Esta cuaresma dura por espacio de una luna (pues así cuentan los moros sus meses), comenzando el ayuno desde el momento que la descubren en el firmamento, y concluyéndose cuando ven la que le sucede; empero, si el día en que han de dar principio á su penitencia no logran verla por estar nublado, dicho ayuno no les obliga aquel día, y por consiguiente comienzan el segundo.

El principio del *Ramadán* es anunciado en todas partes por medio de tiros, y también por el lúgubre sonido de las trompetas ó bocinas que tocan los almuédanos desde la parte superior de los minaretes.

En general, este ayuno obliga á todos, hombres y mujeres, exceptuando los enfermos, viajeros, dementes, viejos decrepitos, y en general á todas aquellas personas á quienes la privación de manjares pudiera comprometer la salud. Dicho ayuno consiste en no comer,

beber ni fumar desde la oración de la mañana, hasta la puesta del sol ó hora del *Magreb*, la cual esperan con suma impaciencia, y á la primera voz ó señal del almuédano ó llamador público, que para el efecto se halla colocado en lo más alto de los minaretes aguardando suene el tiro del cañón (que es la señal que dan), al oírlo inmediatamente canta, y la gente se pone toda en movimiento, marchando á templar su estómago; pero antes hacen las abluciones y oración, con el fin de quedar purificados de las imperfecciones que durante el día hayan adquirido.

Una vez purificados se sientan á comer; tomando á lo primero una especie de gachas condimentadas con agua, harina y manteca de vaca, y algunos también les suelen mezclar azúcar ó cualquiera otra substancia nutritiva; al poco rato ya hacen la comida formal, y concluida entran las diversiones que no han podido disfrutar durante el día; hay personas que comen durante la noche tres, cuatro y más veces; empero, la gente timorata ó escrupulosa, invierte el tiempo en rezar, bien en casa ó en las mezquitas, leer el Korán y hacer obras de caridad, reuniéndose (hombres con hombres y mujeres con mujeres) en sociedad agradable, pero siempre circunspecta: en este lapso de tiempo, conclúyense las enemistades, jún­tanse las familias y los pobres vense socorridos con más abundancia que de ordinario. Además, durante la noche, los almuédanos están en vela con motivo de tocar las bocinas á las horas señaladas; las tocan tres veces: la primera, tres horas después de la puesta del sol; la segunda, tres horas antes de la aurora, para que los moros se levanten y preparen la comida; y la tercera, dos horas menos cuarto antes de la aurora; mientras tanto prosiguen tocando las trompetas, los mozos comen, y deben terminar de comer media hora antes de la Aurora. Todas las noches del *Ramadán* pululan por las calles unos dependientes de las mezquitas, armados de enormes mazos con los que dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer antes de la oración.

Los ricos apenas sienten el ayuno, pues pasan casi todo el día durmiendo para desquitarse ampliamente de sus privaciones durante la noche, de modo que no hacen más que trocar la época de sus goces diarios: la

penitencia, bien dura por cierto, es para la gente del pueblo, porque como no tienen otro medio de subsistencia que el trabajo del día, no pueden evadirse del rigor de semejante precepto y acogen aquel método de vida. Obsérvase con tanto cuidado y esmero este ayuno, que el musulmán que lo quebrantase voluntariamente sin causa legítima y sobre todo en presencia de testigos, sería tenido por digno de la pena de muerte como infiel.

A pesar del carácter triste y lánguido que imprime la religión musulmana, en dicho mes muchos moros plebeyos tórnanse casi frenéticos, llegando hasta el punto de perder la cabeza con tanto rezar, leer el Alcorán y otros libros ascéticos ó sagrados; finalmente, otros por la debilidad y tristeza que es su compañera inseparable, experimentan los mismos efectos, y muchos de ellos mueren.

En todo este tiempo las mezquitas se encuentran abiertas é iluminadas por la noche, y la multitud entra y sale sin parar; los cafés se ven más frecuentados, pero estos únicamente por hombres, y conservando siempre el carácter de gravedad que distingue al musulmán.

En la noche del 27 hay sin interrupción en las mezquitas un ministro que de memoria recita el Alcorán en voz alta, y el pueblo permanece en pie escuchándolo. Este rezo va intercalado con oraciones y la persona que reza es sustituida por otra, de modo que al despuntar el día tengan todo el Alcorán recitado. En la misma noche hay iluminaciones en las calles y azoteas; el gentío es inmenso, viéndose por todas partes grupos de mujeres que acuden á visitar las mezquitas, en las cuales es tanta la multitud que se reúne de todas clases, edades y condiciones, que forman una confusión infernal.

Es de notar que, como en el *Ramadán* no se hacen casamientos, bautizos, ni otras ceremonias como éstas que constituyen la parte más principal é interesante del país, quien desee conocer los usos y costumbres de los musulmanes, dicho tiempo es de poco movimiento y de muy poca vida, si es que alguna existe por estas regiones, y por lo tanto procure venir en otra ocasión.

Para terminar, pidamos á Dios para que, por su infinita misericordia y como amantísimo Padre, ilumine las inteligencias de estos desgraciados para que se conviertan, le conozcan y amen.

Tánger, 16-8-13.

Fr. S. C.

CHINERIAS

Dicen que no quieren hacerse cristianos...



AN pasado ya doce años, y cuando lo recuerdo unas veces me río y otras me dan ganas de llorar.

En aquel tiempo vivía yo en una pobre casucha, que como todas las casas chinas constaba de piso bajo á teja vana, con el suelo de tierra siempre húmedo y mal oliente. Una de sus tres habitaciones la tenía dedicada á capilla, y con ser la más espaciosa era bien pequeña;

y todavía yo por medio de una mampara la había dividido, ocultando detrás el altar donde todos los días se ofrecía el santo sacrificio de la Misa, dejando la parte delantera para sala de visitas. Los viajeros que todos los días por la mañana y tarde pasaban por delante, en dirección ó ya de vuelta del próximo mercado, eran en grande número; y yo para llamarles un poco la atención, había escrito en grandes caracteres sínicos lo siguiente: «Congregación universal del Señor del Cielo;» pero aquellos despreocupados pasajeros, en vez de leer lo que estaba escrito, infaliblemente traducían: «Reli-

gión del bárbaro extranjero," y seguían su camino sin entrar.

Mi servidumbre la componía un muchacho de 15 años con más buena intención que habilidad, el cual después de hacer de monaguillo sirviéndome á la Misa, se armaba con los trastos de cocina, y en menos tiempo del que era menester, me arreglaba el frugal desayuno, y más tarde hacía lo mismo con la comida ó modesta cena. También hacía la limpieza de la casa pasando la escoba muy ligeramente por en medio y casi nunca por los lados; luego iba á la compra, y me hacía todos los recados, si no siempre á satisfacción, nunca con lentitud ni pereza: yo le tenía cierto cariño, pues en aquellos días difíciles sólo él, *con un perrito bien educado*, me hacían compañía y se hallaban siempre á mi lado.

Junto á la capilla, á la parte opuesta de mis habitaciones, vivía una familia gentil tan supersticiosa y enemiga de la religión cristiana, como hosca y mal educada para conmigo. Cuantas veces me proponía entrar en conversación con ellos, que era casi todos los días, porque teníamos un patio común, tantas veces era rechazado; y sobre no darme respuesta, pasaban á mi lado con los ojos torvos y cara siempre de otoño, cuando no amenazando tempestad. Lo más gracioso, ó triste del caso, era que ni ellos se marchaban, ni yo podía ahuyentarlos, viéndome obligado á ver pasar los días y meses haciendo méritos, pero sin adelantar gran cosa en nuestras relaciones y amistad. En dichas casas vivían dos mujeres esposas de dos hermanos, las cuales, aunque se retraían por miedo á los varones, y sobre todo á un viejo *rezonguero*, no dejaban de saludarme, y alguna vez preguntaban cosas de religión.

Un día por fin tuvimos un encuentro por causa la más inesperada.

Mi estrecha casucha carecía de un lugar donde tener el fogón, la leña y otros enseres parecidos, y se me ocurrió levantar un pequeño cuarto donde colocar estas cosas. La idea, que ni era descabellada ni difícil de realizar, por tener dentro de casa todo lo necesario, la aprovechó el *maligno* para darme un disgusto, tomando como instrumentos á mis amables vecinos.

Para levantar la cocina necesitaba hacer algunos adobes, y para eso tenía terreno en que hacerlos. Sólo que este terreno colindaba con unos sepulcros (lugar de la felicidad entre los chinos); y yo, sin acordarme para nada del pacífico sueño del dragón, había determinado cavar cerca de dichos sepulcros.

Aunque no comuniqué mis proyectos con la familia pagana, no les fué muy difícil el enterarse de lo qué pensaba hacer y del lugar escogido para ello.

Dos días antes de empezar el trabajo, por primera vez recibí la comisión de una de las mujeres diciendo: —El abuelo se opone á que caves en tal lugar, porque ahí mora el dragón, y de él depende la felicidad de nuestra casa y la de toda esta barriada.—Si intentas seguir adelante, tanto él, como todos los vecinos, se revolucionarán y no permitirán que caves.—Desde el primer momento me dí cuenta de mi comprometida situación; pero, si continuar adelante no se concedía fácilmente, volver atrás era ya imposible en estas circunstancias; porque tal acto de deferencia lo hubiese tomado este estúpido pueblo, como signo de cobardía,

y desde allí adelante se hubiese creído con derecho para escupirme en la cara, para burlarse públicamente de la Religión á quien yo representaba, y los cristianos y catecúmenos hubiesen quedado sin honra ni respeto, siendo el juguete de estos gentiles canallas. Pasando rápidamente todas estas ideas por mi mente, sin inmutarme y en tono solemne, dije á mi interlocutora:—Bueno, ya está entendido; yo haré de mi capa un sayo; el terreno es mío, necesito los adobes, y aquí nadie tiene que meterse mientras no se salga de mi casa.—Es que hasta ese lugar llega la cola del dragón, y si cavas ahí, dice el abuelo, que herirás al dragón y se marchará á otra parte, dejando la felicidad á este lugar.—No me hagas reír con tonterías; yo haré lo que tengo ya determinado, como vosotros no hace mucho habéis cavado y hecho lo que se os ha antojado, sin que yo me haya metido en nada.

Llegada la noche se habló de la respuesta dada, y de la resolución de continuar adelante, para lo que ya tenía trabajadores contratados; éstos, avisados por mi opositor, algunos se volvieron atrás, y otros vinieron aconsejándome que accediera á lo que pedía el vecino, parte por superstición, pues eran todos gentiles, y parte por solidaridad y no parecer que favorecían al extranjero contra su paisano; pero no era posible acceder de aquel modo á su demanda, así que convenimos en que se empezaría al día siguiente.

Amaneció buen día: pero mis silenciosos vecinos, contra su costumbre, no fueron á trabajar, y hasta pasaban por delante de mi puerta, como para hacerme saber que *estaban allí*. Poco después una vieja parlera y con escaso sentido común, que solía venir con frecuencia á prodigarme inverosímiles é inmerecidas alabanzas para luego dejarme hecho un San Bartolomé cuando hablaba con otros gentiles, llegaba acompañada de un hombre alto, moreno, de formas bastas, charlatán á quien yo no desconocía; y reuniéndose todos en la sala-capilla, en un arranque exabrupto me dice el de siniestro talante:—¿Qué cosas has venido á hacer aquí? Tu religión extranjera sólo viene para engañar á los hombres y para dañar al pueblo...» Dicho esto con formas impropias y palabras tan provocativas, pensé que aquel hombre habría venido para querer hacer algo. Le miré de frente durante un momento y luego, dando solemnemente media vuelta, desaparecí por el foro, dejándole con sus regocijados oyentes. Allí continuó gastando saliva y diciendo lo que le venía en talante, hasta que cansado y sin obtener respuesta, optaron por marcharse, al parecer victoriosos con su desvergüenza, pero vencidos por mi sepulcral silencio. Los trabajadores entretanto, con sus azadones al hombro, fueron llegando, y enterados de lo sucedido tuvieron por demasiado violenta é indigna la escena preparada por mis incultos vecinos, por lo que sin pensar ya en el trabajo, como yo tampoco pensaba, ellos empezaron sus tratos y cabildeos para darme una satisfacción y llegar á una amigable componenda. Por la tarde de aquel mismo día un pariente gentil, de familia de buena posición, y con quien yo estaba en buenas relaciones, se presentó haciendo de medianero en la cuestión.

Me rogó que no hiciese caso de lo que sus parientes, «gente sin ceremonia ni reglas de sociedad» habían he-

cho conmigo por la mañana, dándome toda la razón de que yo podía hacer dentro de mi casa todo lo que me pareciera; pero ya que de cavar en el sitio donde yo había pensado habría que hacer un hoyo que luego se llenaría de agua corrompida de los arrozales, y por estar cerca de casa sería malo para la salud, él me daba allí cerca un terreno suyo, donde podía hacer todos los adobes que necesitase, sin ocasionarme gasto alguno.

Esta solución oportuna y *chinesca* puso fin de un modo honorable á este desgraciado incidente; pero mis vecinos continuaron tan oscos é intratables como antes.

Han pasado ya cuatro, seis meses: la esposa del hijo menor desea oír la doctrina, aunque sólo cuando están ausentes los otros pueden oír y observar las ceremonias cristianas. Un día me dijo:—No sabes que el niño de mi hermana mayor (la otra esposa) está muy grave, se abrasa de calentura; debe ser un castigo de Dios.

—Puede ser que así sea por tanta ingratitud; pero yo tengo aquí un frasco de quinina, de la que reparto á los cristianos enfermos; te daré un poco y cuando baje la calentura se lo haces tomar al niño; es una medicina muy eficaz contra la fiebre.

Aceptó aquellos "polvos blancos" y los llevó á casa, pero no se atrevió á darlos al enfermo hasta que volviera su padre.

Por la noche, ya de vuelta del trabajo, la joven presentó los "polvos blancos" que la había dado el Padre misionero, añadiendo que le había dicho que eran muy eficaces contra la calentura.

—¡Zas!!!... Un solemne y sonoro bofetón acompañado de la corta y enérgica maldición china: "¡muérete, muérete!", fué la respuesta que recibió. Los blancos polvos rodaron por el suelo, y un frío y espantoso silencio sobrecogió á todos, al presenciar tan inesperado y salvaje ataque.

—¡Qué!!!... ¡qué!!!... dijo al fin, el agresor furioso: ¿No sabes que eso no es medicina, que esos polvos blancos son para atontar á la gente, para que luego se hagan cristianos? ¡Muérete! ¡muérete!!!, volvió á exclamar con ira, pues tú nos quieres hacer á todos infelices y desgraciados.

Esta feliz muchacha recibió en aquel solemne bofetón la confirmación en la fe de Cristo. Luego se siguió un terrible sermón contra la religión cristiana, y las tonterías y calumnias que suelen contar los paganos las confirmaron con el siguiente ejemplo. En cierto lugar del imperio de China habitaba un "bárbaro extran-

jero, propagador de la Religión del Cielo." Dicho misionero edificó una muy grande casa, toda ella de piedra y materiales fuertes; pero no dejó ventanas ni puertas ni resquicio alguno en las paredes; y la única puerta pequeña que había dejado, cuando terminó la obra la mandó tapiar á cal y canto.

Paseábase cierto día junto al edificio el "bárbaro extranjero," cuando acertó á pasar por allí un chino curioso y atrevido, quien preguntó al Padre, qué hacía por allí, y qué es lo que había dentro de aquella casa.

A lo primero respondió el "bárbaro extranjero" que ya veía lo que estaba haciendo, *pasear*; á lo segundo le dijo que no pretendiese acercarse á la casa ni saber lo que dentro había, cuanto menos verlo. El chino, que era por demás curioso y atrevido, no se dió por satisfecho con esta respuesta, por lo que en una noche obscura, bien armado con una punzante y fuerte barra de hierro, se acercó á la casa, y aunque con grande dificultad consiguió abrir un agujero en el muro, y mirando por él lo que dentro había, vió... ¡oh manes del Celeste Imperio!!! lo que vió el celeste coletudo... vió que las almas de todos los cristianos difuntos estaban allí prisioneras y ocupadas en *tejer telas* para provecho del "bárbaro extranjero, propagador de la Religión del Cielo." "Por esta razón, concluía, no queremos hacernos cristianos, para no ser después de la muerte *esclavos y tejedores del Padre*."

Seis años después ya no estaba yo al frente de aquel distrito; la capilla católica tampoco continuaba allí, habiendo mejorado de posición é importancia; la joven que recibió el bofetón era una buena cristiana y madre de familia.

¿Y los otros?... Después de haber sido visitados por la pobreza, la miseria y las enfermedades, todos habían muerto, menos uno, que se encontraba en el mayor abandono; yo, entretanto, me hacía la siguiente reflexión: la Iglesia católica siempre, siempre hacia adelante; sus enemigos siempre, siempre hacia atrás.

Y estos infelices que no quisieron aceptar la honrosa servidumbre del Señor, y por eso rechazaron obstinadamente la doctrina salvadora que tenían á sus puertas, hoy estarán en los infiernos siendo viles esclavos del demonio, y según aquella expresión suya, *tejiendo telas que nunca se acabarán, en el telar de los tormentos eternos*.

FR. HERIBERTO MARTÍNEZ,
Misionero Dominicano.

CRÓNICA MENSUAL DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA



Un muy duradero recuerdo será la fiesta que celebramos en nuestra cristiandad de Rebola el domingo día 22 de Junio del corriente año.

Tiempo ha que deseábamos celebrar la primera procesión formal en el nuevo pue-

blo, por cuyas calles nunca había paseado ninguna imagen del Señor ni de su Santísima Madre. Asimismo deseábamos desde mucho tiempo consagrar la nueva cristiandad al Purísimo Corazón de María, cuya imagen queríamos poner en medio del altar de la capilla. Gracias á la generosidad de personas caritativas

de España, hacía medio año obraba en nuestro poder la indicada imagen del Corazón de María, que es vestida, y esperábamos una coyuntura favorable para bendecirla y ponerla al culto en medio de nuestros cristianos de Rebola. Estos, como en otra ocasión escribí, son devotos de la Virgen Santísima de Montserrat, cuya imagen desean mucho tener en la capilla. Desde las columnas de LAS MISIONES CATÓLICAS, expuse á los devotos catalanes estas fervientes aspiraciones de los neófitos de Rebola, y lo mismo hice en cartas dirigidas al Rdo. P. Jacinto Guin, que tan bellas ocasiones tenía de interesarse por nosotros desde Barcelona. Bien pronto la Santísima Virgen, que deseaba ser honrada entre los morenitos de Rebola, tocó el corazón de algunas buenísimas damas barcelonesas y no tardé en recibir cartas del expresado Padre, comunicándome la grata nueva de que no tardaría en recibir una hermosa imagen de la *Moreneta* para Rebola, gracias á la caridad de varias señoras de la capital catalana. Así en efecto sucedió, pues á no tardar nos llegó la preciosa y encantadora imagen, que desde que llegó atraía las miradas de estos morenitos. Durante la temporada algo larga que interinamente hemos tenido la imagen aquí en Basile, apenas hay cristiano de Rebola que no la viniera á ver y contemplar, mostrando una santa impaciencia de tenerla presto entre ellos.

Añádase á estas imágenes de la Madre de Dios, otra del Sagrado Corazón de Jesús, regalo de los entusiastas católicos de la ciudad de Vich, y tendremos que eran tres las imágenes sagradas que teníamos destinadas para la capilla de Rebola.

Atendido, pues, todo esto y que teníamos intento de instalar la Archicofradía del Purísimo Corazón de María, etcétera, etc., resolvimos celebrar la fiesta en la fecha apuntada.

Justo es que á fuer de agradecidos á tantas personas bienhechoras que tan eficazmente cooperan á la implantación y conservación de la fe en estas latitudes africanas, describamos la indicada fiesta ó por lo menos los rasgos más salientes de ella, con lo que intentamos pagar una deuda de gratitud á los buenos españoles amigos nuestros. Y antes queremos desde estas páginas enviarles el mensaje de nuestra más profunda gratitud á cuantos han contribuido á favorecernos con las tres estatuas mencionadas, y de una manera muy especial á las nobles señoras de Barcelona que tan buena maña se han dado para regalarnos pronto y bien la preciosa imagen de su querida Patrona. No sólo los Misioneros quedan muy reconocidos por este beneficio, sino también los cristianos indígenas de estas tierras africanas, de cuyos labios han salido é irán brotando fervorosas plegarias á la Madre de Dios en favor de las personas bienhechoras de España. Y tanta bondad y munificencia nos anima, antes de pasar adelante, á hacer presente otra necesidad que no dudamos será socorrida por su inagotable caridad y celo.

Es el caso, amantes de Jesucristo y de su Santísima Madre, que hace años ansiamos adornar las pobres paredes de nuestra capilla con cuadros del Vía-crucis, y no nos ha sido posible hasta hoy. A falta de otra cosa, hicimos crucecitas de madera que colocamos en las

catorce estaciones, á ver si más tarde llegarían los cuadros de los pasos de la Pasión; pero éstos no llegan. Si á todos nos entran mejor las verdades por los ojos, mucho más es esto así, tratándose de estos pobres morenitos que son de menos alcances é instrucción que nosotros. La contemplación de los cuadros de la Pasión hace en ellos mucha más mella y efecto que los más elocuentes sermones acerca de los sagrados Misterios. Se les ve á veces grandes ratos con los ojos clavados en las estampas de la Pasión que les sugieren muy saludables consideraciones y afectos y santas conversaciones. Por esta razón, harían una obra muy provechosa y que daría mucha gloria á Dios, los que se interesaran por proporcionar una colección de cuadros del Vía-crucis á la capilla de Rebola. No pedimos un Vía-crucis muy suntuoso y artístico; basta con uno sencillo; el caso es que en él se represente bien la Pasión de Jesucristo. ¡Cuántos afectos santos y reflexiones provechosas pueden ser origen del indicado Vía-crucis! Esto supuesto, empecemos por partes la relación de la fiesta del 22 de Junio.

Preparativos.—El primero de todos los preparativos fué la construcción de una casita para el Misionero. En un principio, la habitación del Misionero era la continuación de la capilla, de la que estaba separada por un simple tabique de madera; mas como quiera que el sagrado recinto resultaba extremadamente reducido para los muchos cristianos que acudían á la Misa y demás funciones, resolvimos ceder nuestro puesto convirtiendo todo el edificio en capilla, para lo que bastó quitar el tabique de separación y correr el altar al extremo. Con ello ganó la Capilla unos cuatro metros; pero en cambio, el Misionero quedó sin albergue, puesta su confianza en la divina Providencia que á todo atendería. Los cristianos nos cedieron interinamente una de sus chozas, la más próxima á la capilla, comprometiéndose entretanto á levantar una casita más decente para el Padre. A juzgar por sus palabras y promesas, no tardaríamos en disponer de casita propia; pero la manera de ser de estos pobres indígenas hízoles traición á su buena voluntad y defraudó también nuestras esperanzas. Cuando creíamos que no pasarían dos meses sin terminar la casita, pasó un año y más, y aún vivíamos en choza interinamente prestada. Poco coste habría de originar la casa; pero como al poco dinero de que disponemos acompaña mucha natural indolencia, de ahí que á pesar de su buena voluntad y nuestros esfuerzos, nunca se veía la casita.

Lo único que retrasaba la fiesta que todos acariciábamos, era esta tardanza. Sin embargo, llegó el día suspirado: con el óbolo y esfuerzo de todos se construyó la sencilla vivienda á continuación y pegada á la misma capilla, de modo que parte de la morada hacía de sacristía. La casa ó tinglado consiste en postes cortados en el bosque próximo y metidos en el suelo, sobre los cuales descansa sencillo cuartonaje de pino blanco, y clavadas sobre éste planchas de cinc ondulado. Las paredes son de la madera que aquí llaman carabó, que es el árbol de la nuez moscada, y dura muy poco tiempo, aunque tiene la ventaja de labrarse con mucha facilidad, pues hacen las tabletas á golpes de hachas y machetes. El suelo está encimentado.

Una vez terminada la casita, que bien pudiera apellidarse «de la paciencia,» fijamos ya el día para la fiesta, que todos esperábamos con ansia. Días antes, se dieron algunas instrucciones sobre la fiesta, sobre todo de la Archicofradía del Corazón de María. La víspera, día 21, había grande movimiento en el poblado, unos adornando y embelleciendo la capilla, otros cortando abundancia de ramas de palmera y colocándolas á lo largo de las calles que habría de correr la procesión, quienes improvisando el altar en que se debería decir la Misa al aire libre, y algunos acarreando desde Santa Isabel víveres para solemnizar también la mesa.

La lucidísima representación que enviaron los colegios de Basile, daba mucha animación al poblado.

Bautizo del pueblo.—Días antes celebraron una magna reunión los cristianos para convenir en el nombre cristiano y español que debería llevar el pueblo en adelante, en lo que todos estaban conformes. Con absoluta unanimidad, todos optaron porque se llamara *Montserrat de Rebola*.

Luego trataron también de bautizar la calle principal, que es la que atraviesa el pueblo á lo largo del mismo, y todos convinieron en que se llamara *Sacramento*, recordando, sin duda, una de igual nombre que existe en Santa Isabel.

Limpieza.—Nunca habíamos visto tan limpios y desherbados, así la plaza como el camino que da entrada al pueblo de Montserrat de Rebola. Y es que días antes de la fiesta se dedicaron á esta faena hombres, mujeres y niños.

El Rosario.—Al anoecer de la víspera, se llamó al Rosario á los fieles. Ni que decir tiene que muchísimos no tuvieron cabida en la capilla. Terminado este santo ejercicio, que rezaron con fervor y entusiasmo, y varios cantos religiosos populares, híceles sentar para explicarles detenidamente el objeto de la fiesta del día siguiente y los diferentes puntos que abarcaba, así como la manera de celebrarla debidamente. Todos escucharon con religiosa atención aquellas sencillas advertencias y explicaciones y luego salieron cantando con bríos la Marcha Real española con la popular letrilla «La Virgen María,» etc., que terminó con ardientes vivas á Jesús, á María, al pueblo cristiano, etc.

Confesiones.—Luego fueron entrando de nuevo en la capilla, para acercarse al santo tribunal de la Penitencia. Para ello nos sentamos dos Padres en el confesionario, y para mayor orden, los hombres se confesaban á un lado de la capilla y las mujeres al otro. Cerca de dos horitas estuvimos los dos Padres en tan santa ocupación.

Primeras Comuniones.—Muy tierna y conmovedora fué esta función religiosa que jamás se había celebrado en Rebola y que constituía el primer número de la gran fiesta. Eran las agraciadas doce niñas pequeñas, convenientemente preparadas para tan gran acto. Antes de empezar la Misa de Comunión, ya estaban las doce niñas vistosamente vestidas de ropas blancas, que llamaban la atención de todos, principalmente de los infieles, que nunca las habían contemplado tan hermosas, y por esto acudieron en gran número á contemplar la fiesta, siquiera desde fuera, ya que el interior

de la capilla estaba tomado por los cristianos. Las caras morenitas de las inocentes niñas eran retrato fiel de la alegría y devoción de sus corazones, en que muy en breve iba á albergarse Aquel que se apacienta entre azucenas y que dijo: «Dejad que los niños se acerquen á Mí.» En actitud reverente y con la vela encendida en la mano permanecieron las doce escogidas durante el Santo Sacrificio, y cuando llegó el momento solemne de unirse íntimamente con el Rey de la gloria, al mismo tiempo que los espíritus celestiales contemplarían estupefactos aquella sublime escena, los concurrentes miraban con atención á las angelicales criaturas, y sobre todo sus infieles madres que desde fuera las observaban cuidadosamente, no sabían lo que les pasaba. Es de suponer que el buen Jesús, desde el corazón de aquellas niñas, miraría bondadoso á sus padres y madres por quienes rogarían, según se les había recomendado.

Tras las niñas fueron acercándose á la Sagrada Mesa los demás fieles en número de doscientos, que no es poco decir, tratándose de un rinconcito de Africa y de una cristiandad en sus principios. Antes de la Comunión hubo el correspondiente fervorín y durante la misma se cantaron devotos cantares al Santísimo Sacramento. ¡Cuán dulces le sabrían al buen Jesús tales cantares, en medio de estos bosques en que hasta hoy no recibía culto más que el Príncipe de las tinieblas! Después de la Misa al salir las doce agraciadas niñas, fueron objeto de entusiasta ovación de todos, y como notase en los infieles extraordinario afán de contemplarlas muy de cerca, hice que dieran una vuelta por el pueblo sin quitarse los trajes blancos: aquello se convirtió en nutridísima procesión ó manifestación, pues de todas partes salían los infieles para unirse á la comitiva. Hasta aquel día no había oído de boca de infieles la palabra «Comunión,» que tanto repetían y cuya significación procuraban saber. No faltó alguna vieja infiel que me preguntó si ella también podría recibir la Comunión. Al replicarla que debería primero recibir el bautismo, quedó muy pensativa sin atreverse á decir que sí.

Misa al aire libre.—Quisimos que aquel día nadie se privara de oír Misa y que hasta los infieles se enteraran de nuestros cultos. Para ello se improvisó un altar en la plaza pública, arrimado á la pared lateral de la capilla, y en él se colocaron las tres consabidas imágenes que habían de recibir la bendición antes de establecer sus reales entre los cristianos de Montserrat de Rebola. Después de los convenientes repiques de campanas, se dió principio á la Misa cantada, situándose la gente en lo ancho de la plaza, y en sitio de preferencia las niñas de primera Comunión con sus uniformes.

¿Creerán algunos que hubo menester Guardia civil ó policía para mantener el orden ó evitar irreverencias? Nada de eso, á pesar de asistir muchísimos infieles. Es que los infieles en medio de su salvajismo, entienden y practican mejor la libertad que no los ácratas y radicales de otros países, que en nombre de la libertad cometen actos de execrable vandalismo. En medio del mayor orden y silencio se cantó por multitud de voces la Santa Misa, en la que un Misionero predicó elocuen-



NUEVA GUINEA INGLESA.—Casa central de la Misión católica del distrito de Mafulu.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gaspar

La Papuaria, teatro de interminables guerras, goza, hace años, gracias á la influencia regeneradora del misionero católico, el beneficio de la paz: los indígenas han abandonado las armas por el arado, y semanalmente acuden al mercado á cambiar los productos de sus campos y bosques por los que los Roros y los Bereinas, sus vecinos, sacan de la laguna que enriquece sus tierras, y los caminos son seguros cual los de nación civilizada.

te sermón de circunstancias, que bien pudiera llamarse arenga á los reclutas del Catolicismo.

Bendición de imágenes.—Concluida la Misa cantada se procedió á la bendición de las tres imágenes del Inmaculado Corazón de María, Corazón de Jesús y Nuestra Señora de Montserrat. El Corazón de María ha de ser la titular de la Capilla y Patrona principal, cuya festividad celebrarán de común acuerdo en Basile. La Virgen de Montserrat será la titular del pueblo y Compatrona principal, y su fiesta será la fiesta mayor del pueblo. El Sagrado Corazón de Jesús será Compatrono insigne á quien profesarán mucha devoción.

Acto seguido, se trasladaron las tres imágenes al altar de la capilla, en cuyo centro y en urna de cristal se colocó el Corazón de María y á sus lados el Corazón de Jesús y la Virgen de Montserrat, en espera de mejores tiempos en que sea posible agrandar la capilla y construir altares laterales.

Bendición de la casa.—Los actos religiosos de la mañana terminaron con esta sagrada ceremonia. No se descuidan estas gentes de invitar al Misionero, una vez han hecho sus casitas, á bendecirlas, y esto lo hacen hasta los infieles. Esto es lo que hicimos, pues, con la nuestra, en presencia de la multitud, siendo muchísimos los curiosos que luego entraron á ver de cerca nuestra morada, que mejor puede llamarse la casa del pueblo, en que todos tienen derecho á entrar para contar sus cuitas, recibir la instrucción, etc.

Archicofradía del Corazón de María.—A las tres de la tarde, de nuevo nos reunimos en el templo, en donde iba á tener lugar un acto de importancia. Tal fué la instalación de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, que los domingos precedentes se les había ya explicado. No tiene esta gente la más ligera noción de Cofradías, de modo que todo lo encuentra por hacer el Misionero. A pesar de las dificultades que no dudábamos habrían de asaltar tratándose de tales empresas, quisimos pasar adelante fiados en la protección de la Santísima Virgen.

Más de sesenta ingresaron ya este primer día en el Arca salvadora con toda solemnidad, pasando luego á recibir las respectivas insignias de manos del Misionero, quien dirigió la palabra á la multitud para explicar el fin y las obligaciones que entraña la Archicofradía y los provechos que reportarían los que á ella se alistasen. Cantáronse también los Gozos del Corazón de María y otros cánticos adecuados al acto.

Procesión y Rosario.—Intentamos celebrar con toda la solemnidad posible la procesión con las tres imágenes bendecidas, que sería la primera que tuviera lugar en el poblado y como pública manifestación de fe católica en medio de infieles, y como toma de posesión que hacía la Santísima Virgen de su querido pueblo que la proclamaba su Reina y Patrona. Instalada, pues, la Archicofradía, empezó á salir ordenadamente la procesión, en que iban largas filas de niños y niñas,

jóvenes y doncellas, caballeros y señoras. Cuatro jóvenes archicofrades llevaban en andas la imagen del Corazón de María, precedida, acompañada y seguida por todos los archicofrades que vestían su respectivo escapulario, de regulares dimensiones, y muchos ostentaban también en el pecho como distintivo de los cargos de la Asociación, hermosas medallas con su lazo de color. Aquellas larguísimas filas atravesando las calles adornadas con ramas de palmeras, las numerosísimas voces que cantaban con entusiasmo el Santo Rosario, aquella muchedumbre de infieles que corrían de una bocacalle á otra para contemplar á su placer lo que nunca habían visto, sobre todo el paso de la sagrada imagen que les encantaba, aquel detenerse las filas ante los dos altares construídos en el trayecto y en los que se cantaban los Gozos del Corazón de María, todo el conjunto, en una palabra, de aquel religioso desfile, no es cosa que se pueda describir en pocas palabras. ¡Lástima que lo desfavorable de las circunstancias no nos permitiera sacar unas cintas, que sin duda hubieran sido muy del agrado de nuestros constantes bienhechores!

Besamanos y despedida.—Al entrar la imagen en el templo cantábamos las últimas *Ave Marias*, del quinto Misterio. Rezóse luego la Letanía, leyóse en alta voz el acto de consagración al Corazón de María y empezó la tierna ceremonia de besamanos. Después de besar el santo Escapulario que pendía de la Imagen, hacían entrega de la vela que llevaban encendida en la procesión, y en justa recompensa se les iba dando una preciosa medalla de los Sagrados Corazones. Entretanto, se cantaban piadosos cánticos por los niños y niñas. Todo terminó con sentimental despedida cantada por la multitud y con la Marcha Real que se entonó al salir del templo y con interminables vivas que se lanzaron al aire, una vez afuera la concurrencia.

Detalles.—A las mujeres infieles les encantaba de tal suerte la imagen de María, que se las veía como la miraban de hito en hito sin pestañear. Nos preguntaron por qué Dios no hacía que aquella imagen tan hermosa hablara.

No se pudieron llevar en procesión las tres imágenes, por falta de andas. Las en que se llevó el Corazón de María, se transportaron allá de Basile, como todo lo demás necesario para la solemnidad.

Como no era posible, pues, llevarlas en procesión, se colocaron en los dos altares del trayecto las imágenes de la Virgen de Montserrat y Corazón de Jesús. Las niñas de primera Comunión iban juntas con su uniforme blanco.

La procesión recorrió, además de la parte cristiana, una calle de infieles, á fin de que la Santísima Virgen se compadeciese de ellos y los alumbrara con la fe.

Juicios de Dios.—La antevíspera de la fiesta me avisaron algunos cristianos que se hallaba grave un hombre infiel que precisamente moraba en la calle ya citada por donde había de pasar la Virgen. Viendo su gravedad le ofrecí el santo Bautismo. Mucho le hablé y á toda costa traté de convencerle de la felicidad que podría acarrearle el bautismo: nada fué capaz de mover á aquel empedernido infiel. Varios cristianos, entre ellos un hijo suyo, trataron también de persuadirle lo

mismo; pero todo fué inútil. La víspera de la fiesta repetí mis exhortaciones sin fruto. Sin embargo, decía yo para mí, ¿será posible que mañana, cuando la Santísima Virgen pase por delante de esta choza, Ella, que es Refugio de pecadores y Madre de misericordia, no obre un milagro ablandando este corazón tan duro? Con esta esperanza y no sin haber encomendado el asunto al compasivo Corazón de María, fuí á descansar. ¡Cuál no fué mi sentimiento por la mañanita del gran día cuando ví pasar por delante de la capilla unos hombres con azadas y me dijeron que iban á abrir la fosa en el bosque para el obstinado bubí que había muerto por la noche! ¡Justos juicios de Dios! dije yo, y oí también que exclamaban otros al enterarse del suceso. Cuando á la tarde pasaba la Imagen de María por delante de la casucha, no pude menos de acordarme de aquel desgraciado que cerró los oídos al llamamiento de Dios.

Diversiones.—No faltaron tampoco en día tan grande honestas diversiones y entretenimientos.

Lo que más les divirtió fué la pelota.

Así la víspera como el día de la fiesta por la noche se echaron algunos globos, que dicho se está llamaron mucho la atención, sobre todo de quienes nunca habían visto semejantes pájaros.

Impresiones.—La fiesta produjo excelente impresión en todos, así cristianos como infieles, y hay motivo para pensar que se han de seguir excelentes resultados, algunos de los cuales ya se han empezado á sentir.

¡Quiera la Santísima Virgen bendecir colmadamente á su nuevo pueblo de Montserrat, trayendo al buen camino á tantos descarrilados y conduciendo con seguridad á los que ya han jurado las banderas de su Divino Hijo!

El día 23 entró en Santa Isabel el vapor correo de España, «M. Villaverde», cuya venida cada vez produce peor impresión en la Colonia. Mucho tiempo se viene diciendo que no volverá más el vapor «Villaverde» y siempre salen fallidas las esperanzas de todos.

Es dicho vapor de tan escaso tonelaje, que siempre ha de dejar en España la mitad del cargamento que se le confía y que precisa la Colonia.

Adivínese el efecto que esta falta de servicio ha de hacer en la Colonia. Nada de particular tiene que muchos, á pesar de ser buenos patriotas, tengan que valerse ya de barcos ingleses y alemanes para el transporte de sus mercancías. Y de seguir así el servicio, otros muchos habrán de tomar igual resolución. Esto es tristísimo tratándose de una Colonia que España debiera amparar y proteger como cosa suya.

¿Acabará esto? Confiamos que sí. No podemos suponer otra cosa tratándose de nuestra noble España. Los que lejos de la Patria trabajamos, bien merecemos que nos visite, siquiera mensualmente, un barco de regular cabida, por lo menos como el «C. de Cádiz.» Y aún no sería mucho pedir el que alternativamente vinieran dos barcos, el uno de las proporciones de «Isla de Panay» y el otro como el «C. de Cádiz.»

¿Seremos atendidos?

MARCOS AJURIA,
Misionero del Inmaculado Corazón de María.

Basile, 30 de Julio de 1913.

CHINA.—LA PERSECUCION DE LOS BOXERS

Martirio de los cristianos Agustín Tsen y Andrés Tchang

Dos ilustres mártires, Agustín Tsen y Andrés Tchang, desde el año 1900 hacen célebre á la pequeña cristiandad de Jun-tsen-ho, situada en las montañas próximas á la ciudad de Tae-yuan-fu. El primero, Agustín, nació de padres paganos y pobres de bienes materiales, tanto como de espirituales, y niño aún fué recibido como mozo de pastoría al servicio de una familia cristiana en cuyo seno llegó á conocer la religión cristiana, mas sin abrazarla todavía. Más tarde contrajo matrimonio con una joven pagana, dedicándose á la labranza y teniendo la dicha de ser regenerado con el santo Bautismo á los 34 años de edad. Trabajó sobremanera, para que también su esposa, abandonando el culto de sus antepasados y las supersticiones paganas, se abrazara á la Cruz del Redentor del mundo, mas inútilmente, pues ella se manifestaba cada vez más rebelde á las dulces amonestaciones de su esposo, y ciega y pertinaz en su idolatría, por lo cual, y habiendo para ello motivo suficiente y previa la debida interpelación según los sagrados Cánones, hizo uso del privilegio llamado Paulino (de San Pablo, 1.^a and. Cor. cap. VII, v. XII y siguientes) y contrajo segundas nupcias con una fervorosa cristiana. A fin de alejarse más y más del paganismo que le rodeaba y vivir en más íntima relación con sus hermanos en religión, y tener más á mano los medios de santificación para su alma, trasladóse de Wolun donde hasta entonces había vivido, á la cristiandad de Fun-tsen-ho, distinguiéndose muy luego entre los antiguos cristianos de aquel lugar por la ejemplaridad de sus costumbres y por su asiduidad á los ejercicios del culto que en aquella pequeña población tenían lugar, especialmente en las épocas en que el propio misionero se consagraba á las tareas de misión y apostolado.

Andrés Tchang, nacido de padres cristianos, pobres de los bienes de la tierra, pasó los primeros 24 años de su edad dedicado al oficio pastoril. A esa edad alistóse como soldado en el ejército de la nación. Nada tiene de extraño que con los malos ejemplos y vida libre de sus conmlitares paganos hubiese olvidado en el espacio de diez años las prácticas religiosas, y que de ellas viviese alejado casi totalmente. A la edad próximamente de 34 años, abandonó la profesión militar retirándose al cristiano villorrio de Fun-tsen-ho, para ponerse al servicio de una familia cristiana, en cuyo seno y con cuyos ejemplos no tardó en reconocer sus pasados yerros; preparábase á ordenar su vida cual conviene al cristiano, purificando su alma en el santo sacramento de la Penitencia cuando el sacerdote misionero llegase á su propia Misión, y he ahí que en ese estado le sorprende la persecución, sin tener el consuelo, bien es verdad, de borrar sus pecados en el santo tribunal de la Penitencia, pero mereciendo por su valor y constancia purificarse en el baño de su propia sangre, generosa y heroicamente derramada por la fe.

Creciendo de día en día los horrores de la persecución, y dedicándose los Boxers impunemente al robo y saqueo de los bienes de los cristianos y á la quema y destrucción de iglesias y oratorios; Agustín y Andrés reducidos á la mayor miseria, viéronse obligados á esconderse en lo más recóndito de solitarias montañas, y no seguros aún corrían de un lugar á otro faltos de todo, hasta de lo más estrictamente necesario para el sostenimiento de la vida. Encontrándose en una de esas correrías nocturnas con un conocido cristiano, pensaron en dirigirse hacia la casa de un pagano amigo suyo de quien confiaban tuviese para con ellos entrañas de caridad. Uno de ellos adelantóse cuando ya se hallaban cerca de la casa del pagano, quedándose Agustín y Andrés á la espera y descansando junto á un pozo de agua potable. En esta ocasión fueron reconocidos por algunos gentiles que se apresuraron á delatarlos á los Boxers. Estos en buen número dieron con ellos, y sin más preámbulos, fuertemente atados, los condujeron á una pagoda próxima. El jefe de aquellos milicianos del diablo, dirigiéndose al más anciano de los cristianos que era Agustín, le dijo: «¿Sabes que está decretada la muerte para cuantos cristianos se obstinan en no abandonar su religión? ¿conviene en la apostasía? ¿reniegas de tus falsas creencias y engañosas ilusiones?—En manera alguna, respondió inalterable Agustín; jamás, con la gracia de Dios, abandonaré mi profesión de cristiano.» Entonces el jefe de los Boxers, empuñando fenomenal cuchillo le increpó duramente su obstinación y falta de patriotismo al abandonar la religión de sus mayores para ingresar, ciego y fanático, en una religión desconocida y extranjera, y como para amedrentarle, poniendo el cuchillo á su cuello, «escoge al momento, le dice, la apostasía ó la muerte.—Vedme aquí dispuesto á morir, respondió, y morir mil veces antes que renegar de mi adorable religión.—Si te horroriza la apostasía, dijo el Boxer, cambiando la dureza en hipocrita dulzura, póstrate por lo menos ante los ídolos aquí presentes y serás libre.—No puedo hacerlo; ello equivaldría á la apostasía, y he dicho que prefiero mil veces la muerte á renegar siquiera por un momento de mi fe cristiana.» El Boxer, con el rostro en ira encendido por la vergüenza de verse vencido por el más anciano, volvióse al más joven, Andrés, y le dice: «¿Tampoco tú quieres apostatar? ¿Te resuelves á renunciar á la falsa religión introducida en China por los diablos europeos?—No puedo, respondió Andrés con dignidad; si ese anciano no quiere apostatar, tampoco yo puedo hacerlo; en vista de un tan admirable ejemplo de fortaleza cristiana, jamás abandonaré mi sagrada religión; haced de nosotros lo que queráis, que cristianos somos y, con la gracia de Dios, cristianos hasta el fin seguiremos siendo.» Ambos confesores fueron inmediatamente maniatados con la crueldad más refinada, y ligados fuertemente á un árbol, donde y en cuya penosa posición permanecieron durante toda la

noche sin recibir el más ligero alimento ni refrigerio. A la mañana siguiente fueron arrastrados á una miserable pagoda fuera del lugar, donde nuevamente se quiso conseguir de ellos que por lo menos doblaran las rodillas ante los grotescos ídolos, pero ellos, fuertes atletas, permanecieron fieles á su único Dios verdadero; en vista de lo cual se arrojaron sobre ellos acribillándolos con sus lanzas y cuchillos. Andrés murió en el acto, no así Agustín, al cual le abandonaron dejándole semi-muerto, sin duda para que su vida terminara en medio de mayores tormentos. Un pagano, consanguíneo de Agustín, conocedor de lo acaecido, dió aviso á un hijo de éste, quien recogió á su padre moribundo, y con grande fatiga condújole á una caverna próxima esperando las tinieblas de la noche para llevarlo á su casa, como lo hizo entre tropezones á causa de la obscuridad, y entre inenarrables agonías de padre é hijo. Entretanto el citado pagano, acompañado de cuatro intrépidos cristianos, se hacían cargo del cadáver de Andrés, dándole cristiana sepultura. Agustín vivió aún medio mes en continua agonía é indescriptibles dolores, ocasionados principalmente por un profundo sablazo recibido á la garganta que le impedía tomar todo alimento, pues que lo que se depositaba en la boca salía por la herida. El pobre hijo tuvo hartazgo que ejercer su piedad filial introduciendo los líquidos por la herida misma, á fin de que llegaran al exófago. En fin, dando piadosos consejos de vida cristiana á su idolatrado hijo y diciendo: «hoy la Santísima Virgen María me llevará al Paraíso para gozar eternamente de la clara visión de Dios por quien he tenido la dicha de sufrir un poco,» expiró dulcemente. Devuelta la paz á la Iglesia del Shansi, se dió honrosa sepultura á ambos gloriosos mártires cerca de la reedificada iglesia de Fun-tsen-ho.

Martirio de los cristianos Pedro Ho y Andrés Tsen

Siquiera sea á grandes rasgos, queremos dejar registrada la memoria de otros dos gloriosos mártires, Pedro Ho y Andrés Tsen, ambos oriundos de un pueblecito, Tchang-Kou, no lejos de la capital del Shansi.—El primero, nacido de padres cristianos, había sido fumador empedernido de opio, narcótico cuyo abuso es en China causa de inmensos daños físico-morales para la sociedad, la familia y el individuo.—Cabe decir que para nuestro buen cristiano Pedro fué la persecución de los Boxers una gracia especialísima de Dios nuestro Señor, toda vez que considerando el peligro inminente de muerte que le amenazaba caso de no renegar pública y cobardemente de las promesas hechas á su Dios en el santo Bautismo, y por otra parte el triste estado de su alma, arrojóse á los pies de un misionero, y con lágrimas de extraordinario arrepentimiento, pidió la santa absolución y el perdón de los malos ejemplos y escándalo que con su inveterado vicio y vida relajada hubiera dado á sus hermanos en Jesucristo. Confortado varias veces con los Santos Sacramentos, nada deseaba tanto como que llegara el día de ofrecer á Dios el sacrificio de su vida, hasta la última gota de su sangre. Y como viera que la persecución lejos de disminuir aumentaba en sus estragos contra el nombre cristiano, convirtiéndose de pecador escandaloso en apóstol lleno de

santo fuego, de suerte que en todo y por todo podrían admirarse en él las maravillas de la gracia divina. «Este es para nosotros, solía decir á los demás cristianos cada vez que llegaban rumores de muerte y desolación, este es el día de salud, este el tiempo aceptable para manifestar ante el mundo entero que somos cristianos, que somos discípulos de Jesucristo; no hay que temer ni hay para que defendernos; de un golpe, de dos... en un momento privarnos por Jesucristo de esta vida ilusoria para ir á gozar, en compañía de la Madre de Dios, de un paraíso eternal.» «¡Quiera Dios, añadía mirando al cielo, quiera Dios proporcionarme la gracia de morir en aras de mi fe, pues temo que de perder tan propicia ocasión para ir al cielo, el vicio del opio vuelva á triunfar de mí, y mi alma se pierda para siempre.» Y lo decía tan de corazón, que si bien por algún tiempo, obedeciendo á caritativas amonestaciones, permaneció escondido en compañía de su esposa en una cueva, luego con el temor de perder la corona del martirio, salió de su escondite y ofrecióse á permanecer custodio de la iglesia, no cabe duda que con la intención de que en tal cargo le sería más fácil caer en poder de los Boxers, sin cometer la temeridad de presentarse él mismo á sus enemigos, que ese era, según parece, su deseo, á no habérselo impedido. Como cuanto poseían en sus casas nuestros pobres cristianos había sido robado por los Boxers y la turba de hambrientos cuervos que siempre iban detrás de ellos, veíanse obligados á mendigar de puerta en puerta el pan de cada día, recibiendo malos tratos y oyendo mortificantes insultos. Era el 11 de Agosto cuando Pedro Ho con su compañero Andrés Tsen llegaron al próximo pueblo de Ho-Kou pidiendo limosna. Reconocidos como cristianos se avisó á los Boxers que moraban en una pagoda próxima, los cuales no tardaron en hacerse dueños de los indefensos cristianos, maniatándolos en forma cruel y despiadada. Querían asesinarlos al momento, mas opusieron los infieles de aquel lugar, los cuales, debido á las supersticiones de que se hallaban imbuídos, temiendo que las almas de los mártires tomaran venganza, querían á todo trance evitar en su pueblo derramamiento de sangre. Durante toda una noche los tuvieron atados cual si se tratara de bestias feroces indignas de todo sentimiento de compasión, y á la mañana siguiente, antes de amanecer, que tal era la sed de sangre que abrasaba á aquellas fieras humanas, los condujeron á otra pagoda situada al mediodía de la ciudad de Tac-yuan-fu extramuros, en la que de ordinario residía uno de los principales jefes de los Boxers. Conducidos á presencia de aquel pobre diablo se les preguntó escuetamente si querían ó no apostatar de la religión importada á la China por los europeos. «¡Debiera darte vergüenza, contestó Pedro, proponer la apostasía á un cristiano de ocho generaciones! Jamás abandonaremos nuestra santa religión; no tememos la muerte.» Desenvainando su espada y arrojando espuma por su inmunda boca: «apostatad al momento, gritaba cual energúmeno el Boxer, de otra suerte haré que os hagan cien pedazos.—Manos á la obra, exclamó humildemente el santo mártir, abridnos cuanto antes las puertas del cielo, puesto que de nosotros jamás conseguiréis una palabra que indique apostasía ó desprecio de la cristiana religión.» Y viendo que

su compañero Andrés temblaba de miedo, «no quieras temer á estos pobres hombres, le decía, que no saben lo que se hacen; los tormentos que pueden hacernos sufrir son muy breves por duros que parezcan, en recompensa nos está prometida la gloria perdurable.» Humillados los Boxers ante la constancia y heroico valor de los santos confesores, arrastráronlos fuera de la

pagoda y les dieron muerte, ensayando en sus débiles cuerpos toda suerte de crueldades. Sus cadáveres fueron abandonados en el campo para pasto de animales.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA,
Misionero Apostólico.

(Continuará).



ANNAM.—La piedra sagrada conocida con el nombre de Duong-Xuon, donde suelen sentarse los espíritus protectores de los pueblos annamitas cuando resuelven entretener sus ocios saliendo á pescar.—Reproducción directa de fotografía enviada por el H. Xavier.

MUERTE DE UN MISIONERO ILUSTRE

EL PADRE OHRWALDER, EN EL SUDAN



El día 8 del último mes de Agosto ha fallecido en Omdurman (Sudán egipcio) el misionero P. José Ohrwalder, una de las figuras más interesantes de estos tiempos, pues su vida, llena de azares y sufrimientos en medio de las tinieblas y horrores del continente negro, constituye un capítulo de los más emocionantes y dramáticos de la historia contemporánea.

José Ohrwalder nació en Mayo de 1856 en Lana, cerca de Merán, en el Tirol, y después de educado y preparado en Verona para el penoso trabajo de las Misiones en Africa, marchó á El Cairo en 1879. Al año siguiente se dirigió á Khartum, en el Sudán, pasando por Suakin y Berber, y en Diciembre de 1881 llegó á la Misión que Austria tenía establecida en Delen, lugar situado al Sudoeste de El Obeid, en las fronteras de Dar Nuba y el Kordofan.

En la primavera de 1882 se inició el imponente alzamiento de los derviches, quienes fanatizados y diri-

gidos por el Mahdi Mohamed Ahmedi llegaron á conquistar todo el Sudán y á tomar á Khartum, dando muerte al célebre Gordon. Durante diecisiete años las tropas inglesas y egipcias se vieron empeñadas en terrible y sanguinaria lucha contra el Mahdí, primero, y luego contra su sucesor, el califa Abdullah, lucha que terminó por la completa y decisiva derrota de éste en la batalla de Omdurman, en 1898.

A poco de comenzar el alzamiento de los derviches y advirtiendo la extensión que adquiriría el movimiento, los misioneros de Delen trataron de escapar; pero fueron hechos prisioneros por los secuaces del Mahdi. El P. José Ohrwalder estuvo en cautiverio hasta Noviembre de 1891, en que logró escaparse.

El relato de sus aventuras y desdichas, así como de cuanto vió y supo mientras estuvo cautivo, fué publicado en 1892 con el título de «Diez años de cautiverio en el campo del Mahdi.» El interés que despertó esta página de historia fué inmenso. Era, en efecto, una descripción directa, de primera mano, hecha por un

testigo presencial, de sucesos que hasta entonces habían estado sumidos en la mayor obscuridad.

El exterminio de la expedición de los hicks, la destrucción y aniquilamiento de los nubas, el traidor asesinato del coronel Stewart y sus acompañantes, el sitio y captura de Khartum, la muerte de Gordon, los planes del califa Abdullah para invadir el Egipto, y sobre todo, los sufrimientos y desventuras que el P. Ohrwalder y sus compañeros de cautiverio padecieron mientras estuvieron en poder de los derviches, aparecen descritos en el libro del misionero con tal expresión de realidad y con caracteres tan dramáticos, que no hay novela que pueda comparársele.

Cuando en el otoño de 1882 el Mahdi se disponía a sitiarse El Obeid, envió a Delen uno de sus secuaces, Mek Omar, con gente suficiente para capturar ó exterminar cuantas personas encontrase en la Misión católica allí establecida. Los Padres misioneros José Ohrwalder y Luis Bonomi, que ya presentían el peligro, habían hecho preparativos para huir á Fashoda con todo el personal de la Misión y las tropas egipcias que la custodiaban, y que eran 80 soldados negros mandados por un capitán. El plan de escape fracasó por la cobardía del capitán, y los fugitivos tuvieron que rendirse á las fuerzas mandadas por Mek Omar. Despojados de cuanto poseían, los prisioneros fueron conducidos al campamento del Mahdi, frente á El Obeid.

Allí, tanto el Mahdi como el califa Abdullah, hicieron toda clase de esfuerzos para convertir al mahometismo los misioneros y las Hermanas monjas que con ellos fueron aprisionadas en Delen. Un día fueron sacados de la prisión y rodeados de miles de derviches que gritando y gesticulando, les amenazaban; se vieron trasladados á una inmensa llanura, donde el Mahdi revistió sus tropas, que eran innumerables. Los cautivos juzgaron que iban á ser allí sacrificados ante la multitud; pero con gran sorpresa suya el caudillo de los derviches les hizo saber perdonaba la vida á condición de que El Obeid se rindiera.

La plaza fué, sin embargo, tomada por fuerza, muriendo al poco tiempo el Mahdi y sucediéndole el califa

Abdullah. Los prisioneros se vieron obligados á seguir la marcha de los derviches victoriosos hasta Omdurman, donde sufrieron enormemente por el cruel trato del sucesor del Mahdi.

Uno de los cautivos logró escaparse, y esto fué causa de que Abdullah redoblara su vigilancia y rigor sobre los restantes, hasta el punto de que el P. Ohrwalder renunció á toda esperanza de evasión.

Sin embargo, desde que se tuvo noticia del cautiverio, el arzobispo Franz Sogaro intentó diferentes veces, desde el Cairo, procurar la libertad de los prisioneros. Todas las tentativas fueron infructuosas, hasta que en otoño del 1890, y por intermedio de un árabe joven, llamado Ahmed Hassan, se pudo plantear la evasión, que se logró realizar al año siguiente, aprovechando una rebelión que surgió en el mismo campo de los derviches.

El P. Ohrwalder y dos de las monjas supervivientes de la Misión pudieron escapar, en medio de la obscuridad de la noche, en unos camellos que el árabe Ahmed Hassan les tenía preparados, y atravesando á toda prisa el desierto de Nuvia, llegaron al cabo de siete días de carrera, á Korosko, uno de los puestos avanzados del Egipto, distante unos ochocientos kilómetros de Omdurman. Dos días después entraron sanos y salvos en El Cairo.

Cuando Abdullah tuvo noticia del escape del misionero montó en ira y dispuso que inmediatamente salieran fuerzas en su persecución. Pero, con motivo de la rebelión antes aludida, se había dispuesto de todos los camellos para el transporte de tropas, y hubo que abandonar todo intento de perseguir á los fugitivos.

Después de dos años de descanso en su país natal, el P. Ohrwalder volvió á Egipto y al Sudán en 1893. Derrotados y aniquilados los derviches en la sangrienta batalla de Omdurman, en 1898, quedó pacificado el Sudán, y el Padre misionero pudo continuar desde entonces con toda tranquilidad su labor hasta su muerte, ocurrida el día 8 del próximo pasado Agosto en la misma ciudad de Omdurman, donde tanto sufrió durante su cautiverio.

V. V.

LAS SERPIENTES

(Recuerdos del Africa Ecuatorial)

(Conclusión)



¿Qué acción ejerce en el organismo el veneno de las serpientes? ¿Cómo debemos cuidar sus mordeduras?

Además de los accidentes locales de irritación, hinchazón, dolor y los diversos fenómenos de intoxicación, sobre los que no insistiré, el veneno de la serpiente produce una acción curiosísima comparable á la que se observa en la fiebre biliosa hemoglobinuria, llamada con tanta frecuencia como impropiedad, hematuria.

El veneno de serpiente es hemolytico, es decir, hace

pasar en solución en el plasma sanguíneo, el pigmento rojo de la sangre, la hemoglobina, fijado normalmente en la stroma globular.

Esta hemoglobina posee, como es sabido, el poder de transformarse en oxihemoglobina, fijando el oxígeno del aire al nivel de los capilares del pulmón, durante la respiración externa, la aireación. La oxihemoglobina es llevada á los tejidos y permite, gracias á su oxígeno, la respiración interna, la respiración por excelencia, es decir, todas las combustiones intratissulares.

Fácilmente se comprende que si un número considera-

ble de glóbulos se ven privados de su hemoglobina, la respiración será defectuosa. De ahí los fenómenos de disnea y de asfixia que se presentan en los casos de mordeduras graves y de hemoglobinuria.

Las semejanzas entre los dos estados que nos interesan son tan grandes, que con frecuencia se observan en los casos de muerte por mordedura de serpiente, como en la hemoglobinuria, fenómenos de anuria debidos á la obstrucción de los canalitos del riñón por las pérdidas de hemoglobina.

Los venenos presentan además dos caracteres biológicos que conviene conocer: 1.º Inyectados en los tejidos provocan los accidentes característicos que acabamos de estudiar; introducidos en el tubo digestivo á dosis muchas veces mortales, son en absoluto inofensivos. El antiguo adagio de Celso referente á las serpientes venenosas *non gustu sed vulnere nocent*, es verdad hoy como entonces. Sin embargo, y es de trascendencia el aviso, no olvidemos antes de lanzarnos á practicar la succión de una herida ó llaga efecto de una mordedura de serpiente, de asegurarnos que ni en los labios ni en la boca tenemos la menor herida.

2.º Por inyecciones de veneno repetidas y dejando entre una y otra pasar tiempo suficiente, es posible inmunizar animales contra la acción tóxica de dosis diez, cien y mil veces mortales (las dosis de las primeras inyecciones deben ser extremadamente débiles).—El suero de los animales inmunizados es antitóxico, es decir, que inyectado en dosis conveniente en el organismo de un animal, inmuniza temporalmente contra una dosis de veneno capaz de producir accidentes. (Al Dr. Calmette, director del Instituto Pasteur de Lille, cabe la gloria de haber descubierto el suero antivenenoso).

Cuanto coloniales se precien de prudentes y conozcan el manejo de la jeringa de Pravaz, deberían tener siempre en su farmacia suero antivenenoso.

No ignoro que el permanganato de potasa al 1 por 1,000 da buenos resultados. Se inyecta dos veces el contenido de una jeringa de Pravaz en los alrededores de la llaga, previa ligadura, hecha más arriba de la herida cuando es posible (si la parte herida fuese la cabeza resultaría difícilillo atar más arriba), y desbridamiento de la llaga.

Recuérdese que el permanganato de potasa sólo es eficaz tratándose de heridas recientes.

La cauterización por el amoníaco es, tratándose de heridas graves, superficial en demasía para ser eficaz, y la cauterización por la pólvora de caza es un procedimiento tan bárbaro, que su empleo debe reservarse para casos de absoluta necesidad.

Además su eficacia es muy dudosa tratándose de heridas graves.

Sea el que fuese el tratamiento local empleado, el tratamiento general consistirá en diuréticos y sudoríferos. Se les podrá añadir el alcohol que reanima el sistema nervioso y favorece la eliminación del veneno.

Se dice que los indígenas de los países intertropicales conocen antidotos contra las mordeduras venenosas. Lo creeré, pero si debo juzgar de ellos por el terror que les inspiran las mordeduras de serpientes, afirmaré que distan mucho de ser seguros.

Los negros que se creían mordidos por serpiente venenosa no titubeaban nunca en acudir á su laboratorio en busca de remedio: luego de curados me abandonaban, pagándome con la ingratitud más negra (¡perdón!) los cuidados que les había prodigado.

Figúrate, amigo lector, que un día me visita un indígena que tenía una de sus piernas completamente adematizada por efecto de la mordedura de una víbora. De cada llaga fluía un líquido sanguinolento. El miembro estaba frío, casi insensible. El estado general del enfermo distaba mucho de ser tranquilizador. A los pocos días mi cliente se marchaba satisfecho saltando arrogante con sus piernas curadas.

¡Lo que me costó curarle con el suero de Calmette!... ¿Sabéis en qué empleó el tiempo desde el instante en que se marchó? Pues en explicar á cuantos encontraba que si era verdad que le había picado una serpiente, no lo era menos que yo le había picado aún más fuerte: que le había hecho mucho daño, muchísimo más daño que la serpiente.

Y acababa su discurso afirmando muy serio que el misionero «era un mal hombre.»

¡Sacrificaos para servir al prójimo!

H. MAURICE, S. Sp.,
Misionero Apostólico.

MIS PRISIONES ENTRE LOS TURCOS

Relación del P. IVÁN, escrita por el R. P. CHRISTOFF, de los Agustinos de la Asunción

(Continuación)

La sala de las torturas.—Espantosas escenas.—Muerte atroz de un pobre búlgaro

DURANTE esta fase de mi encarcelamiento fui testigo y actor á la vez de la horrible escena que voy á narrar.

El *kahvé odasse* estaba, por uno de sus lados, contiguo á una oscura cuadra que debía servir en ocasiones para alojar los animales confiscados ó cogidos por la soldadesca. La primera noche oí ruido detrás de la pa-

red: percibí primero murmullos de conversación, luego voces agitadas, más tarde el choque de pesados objetos llevados de un lado á otro, en fin, rudos golpes acompañados de gritos y gemidos. Acerqué el oído á la pared y pude percibir algunas palabras, por las que comprendí en seguida que la cuadra servía de sala de tortura para mis pobres compañeros.

Las ejecuciones duraban la mayor parte de la noche y no cesaban hasta el amanecer. Pude conocer por la voz á algunos de mis desgraciados paisanos y compro-

bar que alguno de ellos había sido apaleado hasta cuatro veces durante la noche.

Es horrible la forma en que los verdugos turcos desempeñan su misión. El paciente, atado de pies y manos, yace tumbado de bruces, le atan los dos tobillos con un nudo corredizo, y cogiendo dos soldados las puntas de la cuerda á derecha é izquierda, le sostienen fuertemente la planta de los pies en el aire, mientras un hombre vigoroso descarga sobre ella agudos golpes con una varita de fresno.

El oficial escucha impasible los alaridos de la víctima, y cuando el dolor ha llegado al paroxismo, se inclina y le hace una pregunta. Según la naturaleza de la respuesta, el suplicio se suspende ó vuelve á empezar de nuevo.

La víctima no recibe únicamente golpes sobre la planta de los pies, sino que todo el cuerpo puede ser materia apta para el tormento. Pero los verdugos son expertos y conocen perfectamente las partes más sensibles. Algunos golpes aplicados de cierto modo en las extremidades de las falanges ó en la parte que no se apoya en el suelo al andar, exasperan el dolor hasta la locura. Las uñas de los pies caen pronto y el cuerpo se hincha desmesuradamente como en los hidrópicos.

Escuchaba horrorizado tales crueldades. Entre los que fueron maltratados con más furia conocí por sus gritos á Iván Roussef, uno de mis feligreses. Tanta sangre había perdido en las ejecuciones precedentes, que el oficial juzgó inútil hacer más preguntas y oí como ordenaba á los gendarmes que lo echasen contra la pared añadiendo: «Ya reventará, si le parece bien.» Sin duda querían ocultar su muerte á los otros prisioneros.

Oí, efectivamente, el ruido producido por la caída de un cuerpo pesado chocando contra la pared en la cual tenía yo aplicado el oído; luego cesaron las conversaciones y cerraron la puerta de la cuadra.

Me asaltó en seguida la idea de socorrer al pobre moribundo; pero ¿cómo hacer?

Escuché conteniendo la respiración y traté de adivinar el lugar preciso de donde partían los gemidos.

Trepando por encima de la banqueta que circundaba la pared en este lugar, logré situar con bastante exactitud el punto, y no quedaba más que abrir una brecha en el muro. Busqué, á tientas, en el hogar, entre los utensilios que allí se encontraban, y pude dar con una barra de hierro bastante larga y puntiaguda.

Armado con este instrumento, volví á obscuras al punto que había tenido buen cuidado de marcar debajo de la banqueta y tumbado de lado puse manos á la obra, y no necesité mucho tiempo para lograr mi intento, pues las piedras unidas tan sólo con barro, cedían con facilidad suma. Como no se trataba de una evasión, suspendí mis trabajos en cuanto el agujero fué suficientemente ancho para dejar pasar mi instrumento. Entonces llamé á media voz:

—«Stoyou ¿me oyes? ¿Estás ahí?»

Un gemido doloroso me respondió. No me había equivocado en mis conjeturas. El desgraciado yacía contra la pared, casi al alcance de mi mano.

—«¿Quién eres? pronunció con gran esfuerzo, entre dos sollozos.

Me dí á conocer entonces, y le expliqué mi presencia en la habitación del *cafedji*.

—«¡Hola! Padre Iván... me voy... á morir...

El infeliz no tenía ya ni fuerzas para volver su rostro tumefacto hacia la pared, para lo cual le hubiera sido preciso apoyarse sobre los muñones sangrientos de sus pies rotos.

Le consolé prometiéndole cuidarme de su familia, si Dios me conservaba la vida (el desgraciado era padre



Carreta búlgara. (De fotografía).

de dos niños y tres niñas); luego le hablé del cielo. Pidióme que le confesase, agotando en tan santa tarea las pocas energías que le quedaban y el último destello de su razón, viéndose precisado á interrumpir varias veces su confesión á causa de sus desfallecimientos. Acurrucado bajo la banqueta, en medio de los desperdicios y con el oído al nivel del hueco que yo había abierto, derramé ardientes lágrimas ante tan atroz miseria al ver la imposibilidad de remediarla. En fin, le dí la absolución, y el pobrecito me dió las gracias y se despidió de mí hasta la eternidad. Las santas exhortaciones y las cortas plegarias que continué sugiriéndole no tardaron en quedar sin respuesta. El mismo estertor de la agonía duró poco tiempo.

Volví á tapar, á obscuras, lo mejor que pude el agujero, lo que no era operación fácil. Por fortuna la banqueta era bastante baja y ancha para disimular las huellas de mi trabajo; temía que se hubiesen dado cuenta del otro lado de la cuadra; pero como era muy obscura, y con ayuda de la indolencia turca, nadie notó la menor cosa.

Dulcifican un poco mi detención.—Simulacro de juicio

Una semana más tarde, y sin explicación, me vuelven otra vez á encerrar en la cárcel, donde encontré aún á la mayor parte de mis compañeros antiguos y otros nuevos que acababan apenas de ser detenidos.

Continuaban con toda regularidad los interrogatorios nocturnos así como también los tormentos; pero durante tres meses mi turno no llegó jamás.

El carcelero y los gendarmes oponían á mis preguntas el más absoluto mutismo.

Había logrado, gracias á un paisano búlgaro liber-

tado, hacer llegar al obispo un billete en el que le daba cuenta de mi situación. El cónsul de Francia, M. Meyrier, enterado de lo que me ocurría, había perdido mi libertad sin poder obtenerla; pero, con todo, le habían prometido que no se me encarcelaría sin previo juicio en forma; el *vali* aseguraba que yo vivía en el hotel bajo la simple vigilancia de la policía. Supe más tarde que habían venido á verme un sacerdote y dos Religiosos de la Asunción; pero el *caïmacam* les había opuesto la más formal negativa. Mal sabían ellos que yo estaba en el secreto.

Tan larga espera debía por fuerza despertar las sospechas del cónsul, porque una mañana de Diciembre

fuí llamado de pronto á comparecer ante el *yuz-bachi*.

—El Gobierno de la Sublime Puerta, me dijo, te dispensa el favor de alojarte fuera de la prisión. Sigue á este gendarme que te conducirá al *khan* en donde vas á habitar. Acuérdate tan sólo de que te está prohibido salir de allí. Todos los días haré comprobar tu presencia y debes estar presto á la primera requisición de las Autoridades. Espero que sabrás agradecer esta prueba de consideración, tratando de no desobedecer, lo que por otra parte sería en extremo peligroso para ti.

Después de este discurso muy sentido, por cierto, fuí, en efecto, conducido al *khan* de Hadjik...

BIBLIOGRAFÍA

Almanaque de la Familia Cristiana para 1914. Benziger y C.^{ta}, editores, Einsiedeln, Suiza.—Uno de los Almanques ilustrados de más utilidad y de mayor solaz y entretenimiento para las familias cristianas y para los amantes de la literatura y del arte, es el que publica la renombrada Casa Benziger.

El para 1914 viene interesante por demás, por sus variados y amenos artículos, saturados de sana moral, y por la profusión de artísticos grabados, excelentes litografías y esmerada y lujosa impresión.

Lo recomendamos á nuestros lectores, que pueden adquirirlo en todas las librerías católicas.

Los niños mal educados, por Fernando Nicolay, obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, magnífico volumen de 456 páginas. En rústica, 5 ptas.; en tela inglesa, 6 ptas.—Gustavo Gili, editor. Barcelona.—Es de la cuarta edición de esta interesante obra el ejemplar que hemos tenido el gusto de recibir. Esta cuarta edición ha sido revisada con especial cuidado por mano experta, sacando todo el jugo que en el original tiene el fino humorismo y la honda psicología de que hace gala el autor.

La recomendamos, pues, tanto ó más si cabe que las anteriores ediciones.

La Filosofía Cristiana de la vida, por el P. Tilmann Pesch, de la Compañía de Jesús, versión directa de la 10.^a edición alemana, por el P. Victoriano Izquierdo, de la misma Compañía. Dos volúmenes de más de 800 páginas de 20 x 13 centímetros. En rústica, ptas. 8; en tela inglesa, ptas. 10.

El nombre del ilustre Escolástico alemán P. Tilmann Pesch, de merecida é imperecedera fama en el mundo filosófico, es el mejor elogio que puede hacerse de esta su obra predilecta. El infatigable impugnador de las doctrinas panteístas, materialistas, y, sobre todo, del pernicioso positivismo del pasado siglo, expone en este libro los más graves problemas teológicos y filosóficos, con gran precisión y sencillez, que contrasta con la sublimidad de las ideas y la abundancia de sentencias y aforismos, esparcidos por todo el texto. Divídese la obra en cuatro semanas, siguiendo el plan de los Ejercicios de San Ignacio, lo cual la hace recomendable como libro de lectura en los tiempos libres de dichos Ejercicios.

Matutinaud lit la Bible, par l'Abbe E. Duplessy. Un tomo de 260 págs., precio, 2'50 ptas.—P. Tequi, editor. París.—Matutinaud es un señor de los corrientes, poco instruido en ma-

terias religiosas, en consecuencia poco piadoso, y aficionado á leer lo conveniente y lo no conveniente. Leyendo, no precisamente el texto divino, sino diarios y revistas en que la Biblia es tergiversada ó desfigurada, él tiene sus sorpresas, sus temores, sus dudas. A estas dudas y objeciones, y el autor elige las más corrientes en nuestros días, contesta el libro no con grandes discursos ni concienzudos argumentos, sino con breves y contundentes frases. Es un buen libro de apologética popular.

La electricidad y sus aplicaciones, por el Dr. Leo Graetz, traducida de la 16.^a edición alemana por el Dr. E. Terradas.—Un volumen de 586 páginas, con 667 grabados: en rústica, 13 ptas.; en tela, 15 ptas.—Gustavo Gili, editor. Barcelona.—Es obra de vulgarización científica, excelente para iniciarse en las vastas aplicaciones de la Electrotécnica y en los fundamentos científicos de cuanto con ella se relaciona. Sus principales cualidades son: la claridad con que expone las más difíciles cuestiones científicas, la amenidad de las explicaciones y la manera como enlaza los fenómenos y las teorías, poniendo de relieve los hechos y las ideas culminantes; sin dejar de prestar la debida atención á los pormenores interesantes. La distribución del libro es metódica, con lo cual dicho está que su manejo es fácil. A cuantos interesen las múltiples aplicaciones de la electricidad será provechosa la lectura de esta obra, magníficamente ilustrada.

Hemos recibido los cuadernos correspondientes á Julio y Agosto de *Lecturas Católicas*, de los Padres Salesianos de Sarriá. Con ellos concluye la interesante novela *Enrique de Palmar*, castizamente escrita por el P. Rodolfo Fierro, S. S.

Preparación para el matrimonio cristiano, por el M. R. P. Ambrosio de Valencina, capuchino. Segunda edición. *El Adalid Seráfico*. Sevilla.—Conocida es esta obra para que necesite de nuevo nuestra pobre recomendación; contiene doctrina sana y oportunísimas reflexiones que contribuirán poderosamente á la formación de familias cristianas. Léanla y medítenla todos los que aspiren al matrimonio, y en ella aprenderán á prepararse como es debido para ser lo que Dios quiere que sean los padres cristianos.

MIGUEL CASALS GAMBÚS.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

Variedades

Relatos Kikuyos

UN HOMBRE A CONVERTIR



DIRIGIÉNDOSE un día hacia la Misión de Métumi, pasé por casa del P. Bernard y recibí en mi tienda la visita del jefe del distrito, el ilustre Lorigi, llamado Ngai, es decir, dios; ¿qué os parece? Tuve que aguantar su visita durante una hora, y en este espacio de tiempo encontró los medios, cual un artista de teatro, de darme una representación viviente de los siete pecados capitales, muy florecientes en su villana persona. La escena me recordaba el coro de la capilla de Saint Ives en Bretaña, que visitábamos los días de fiesta, en el cual estos mismos pecados estaban esculpidos ingenuamente, pero con mucho realismo. Si todos nuestros kikuyos se pareciesen á Lorigi, el misionero sería verdaderamente digno de compasión.

Orgullo: «Yo no soy Kikuyo, yo soy Europeo... Lorigi es dios... Hay tres dioses: ¡Lorigi, el Padre y el jefe inglés!» Estas frases, que repite al menos cien veces al día, son una prueba evidente de su humildad. Rehusó con indignación sentarse en un pequeño taburete kikuyo que yo le ofrecía. El quería mi lecho, que yo le rehusé enérgicamente; finalmente contentóse sentándose en una caja desde la cual continuó dirigiéndome discursos del género expuesto.

Avaricia: Lorigi es muy rico: tiene más de diez mujeres y soberbios rebaños de carneros y vacas. Pero si es rico como Crespo, es también avaro como Harpagon. Había traído á cinco ó seis de sus hijos con la esperanza de que les haría algún regalo, y viendo que mi intención era dar á cada uno una moneda de cinco céntimos, les dijo al oído que la rechazaran y que no aceptaran menos de un franco; en efecto, los chicos rehusaron la moneda; y en consecuencia les ahorré las molestias de que aceptaran un franco. Un indígena, simple mortal, se presentó á vender una calabaza; Lorigi la compró por diez céntimos, y minutos después tuvo el atrevimiento de ensayar si podía vendérmelo por 1'50 francos. Así, pues, no es extraño que dotado de estas cualidades comerciales haya encontrado medios para enriquecerse.

Envidia: Es inútil decir que su envidia es infinitamente mayor que su avaricia.

Ni un solo objeto de mi tienda dejó de gustarle; nada se escapó á su vista, ni siquiera mis lentes. Y después de haberle sucesivamente negado cuanto me pidió, desesperado se apoderó de una manta que había regalado á mi jefe de caravana, se la puso y marchó á pavonearse por el pueblo.

Lujuria: Para obedecer las prescripciones de San Pablo, es mejor tender un velo sobre lo que aquí deberíamos decir.

Gula: Durante la comida, varias veces tuve que picarle los dedos para impedir que los metiese en mi plato; y cuando, al terminar, le di un hueso, se puso á roerlo como un perro hambriento; después habiéndole ofrecido unas gotas de ron, me pidió le diera toda la botella, y quedé sorprendido al oír decir al P. Bernard que era muy raro ver á su ilustre feligrés tan sóbrio como lo estaba aquel día.

Ira: Por la cosa más ligera, el pretexto más fútil, da libre curso á su ira: si uno de sus hombres se atreve á pronunciar una palabra, Lorigi le mira con ojos furiosos y levantando su bastón le impone silencio: «Aquí, dice, nadie tiene derecho á hablar más que Lorigi.» Este mismo día por la tarde encontramos por el camino á una de sus mujeres llorando: tenía la espalda ensangrentada.

En esta forma los jefes negros imponen su autoridad, es el más cruel y el más violento el que domina. Pero entre kikuyos los hombres como Lorigi son raros. Los kikuyos son soberbios é independientes; por este motivo nunca ha habido entre ellos jefe ni tirano. El mismo Lorigi antes de la llegada de los blancos jamás se hubiera atrevido á llamarse dios ni á echárselas de valiente. Una lanzada ó un garrotazo le hubieran en seguida enseñado á quedarse en fila, igual á todos, amo solamente de sus mujeres.

Pereza: ¿Qué diremos de la pereza del ilustre Lorigi? Sus mujeres y sus hijos trabajan como esclavos; Lorigi duerme y bebe. Cuando no bebe, duerme; cuando no duerme, bebe; éstas son sus únicas ocupaciones.

Afortunadamente, repito otra vez, la generalidad de nuestros kikuyos no se le parecen; el P. Bernard habrá realizado un genial *tour de force* el día que habrá convertido á Lorigi!!!

P. CAYZAC,
Misionero Apostólico.

LIMOSNAS

para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

TERCER TRIMESTRE

	Ptas.	Cts.
Suma anterior:	107	30
Para la Obra de la Propagación de la Fe		
Barcelona.—N. N.....	500	
Para las Misiones más necesitadas		
Valencia.—D. Antonio Hernández.....	17	
Mazarrón.—R. D. Ginés Morales, Pbro.....	50	
Total:	674	30

TOTAL recaudado en este tercer trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe:

674'30 pesetas

Tipografía Católica, Píno, 5, Barcelona.—1913